

## RELACIÓN PRIMERA

- 1 No me exige poco sino mucho sacrificio la Obediencia mandándome escribir el modo con que Dios Nuestro Señor se ha dignado manifestar los medios de poner en pie la guarda de su Santísima Ley y Consejos Evangélicos; y algunas mercedes que Nuestro Señor me ha hecho en confirmación de lo mismo; unas veces animando mi pusilanimidad y otras reprendiendo fuertemente mis resistencias, que han sido sin número, porque siendo yo tan mala como era todo me parecía fuera de camino (después he visto que es condición de Dios hacer mercedes a los grandes pecadores como yo) y me confundo al ver la gran bondad de Dios en sufrirme tanto tiempo, a quien con toda mi alma suplico perdone tantas ingratitudes y me dé gracias para que con toda claridad y verdad, yo haga esta relación que la Santa Obediencia me manda, y sea para gloria de Su Divina Majestad y confusión mía por mis grandes pecados. A Dios Nuestro Señor alabe toda criatura por sus grandes misericordias. Amén.
- 2 AÑO 1842. Estando una noche en oración rogando intensamente a Cristo Crucificado remediara las necesidades de la Santa Iglesia, que en aquella ocasión eran muchas, pues tanto le había costado, le ofrecí mi vida en sacrificio como otras veces había hecho, bien persuadida que no era de ningún valor mi vida para satisfacer tantos males; pero como no tenía virtudes en mí para ofrecerle, le suplicaba se dignara enseñarme lo que había de hacer para darle gusto y gloria cumpliendo su santísima voluntad.
- 3 En esta petición, que según después he conocido, fue muy del agrado de Su Divina Majestad por ser hecha con tanta sencillez y buena voluntad, se dignó Nuestro Señor enseñarme con mucho agrado el modo con que quería ser servido de esta ingrata criatura; y fue este modo ponerme a la vista la guarda de su Santísima Ley y Consejos Evangélicos, y me dijo quería los guardare con toda perfección; y me dijo con grande pena que no tenía en su Casa quien los guardare por lo mucho que habían degenerado todas las Órdenes Religiosas en la guarda de sus santas leyes y que por esto permitía su destrucción con grandísimo dolor.
- 4 Yo me espanté mucho en esto, porque hasta entonces siempre había creído que todas las personas que profesan perfección, servían derechamente a Dios; y por esto quería yo ser religiosa. Aquí Nuestro Señor me puso de nuevo delante de los ojos del alma, a mi entender, porque con los del cuerpo nada vi, su Santísima Ley y Consejos Evangélicos.
- 5 Estaba yo muy atenta admirando lo que pasaba y me parecía iba leyendo la Ley Santa del Señor; pero sin ver ningún libro, ni letras, la veía escrita, y la entendía tan bien que parecía se imprimía en mi alma; pero de un modo muy particular el libro de los Santos Evangelios, que hasta entonces yo nunca había leído ni tampoco la Sagrada Escritura, y después que por la gracia de Dios he leído alguna cosa, lo he visto escrito a la letra como entonces me lo enseñó Nuestro Señor desde el Árbol Santo de la Cruz, que de su santísima boca me parecía salían las palabras que yo entendí.
- 6 A más de lo que vi en estas Sagradas Letras (sin ver letras con los ojos del cuerpo como he dicho arriba) una voz interior en el fondo de mi alma me explicaba el sentido de ellas, y el modo de cumplirlas. En eso me quedé (por un momento) en un mar de confusión, porque en el convento que yo entonces estaba no se guardaba lo que yo acababa de leer en aquel Sagrado Libro (digo libro porque no sé cómo expresar en dónde vi escritas estas sagradas letras: a mi modo de entender todo lo vi en Cristo Crucificado, que al paso que me enseñaba las divinas letras me explicaba el sentido) y que como ésta fue la primera vez que Nuestro Señor me habló, y yo no entendía estas cosas, no sabía como poder dar cumplimiento a sus mandatos y anegada en un mar de lágrimas, dije a Su Divina Majestad que la tenía tan presente que me parece estaba hablando cara a cara ante la Majestad de Dios, y dije:
- 7 «Señor y Dios mío, si Vos no me decís en qué Orden religiosa me queréis para cumplir lo que me mandáis, yo no sé cómo será esto», porque de todos modos quería ser religiosa. ¿Por ventura queréis, Señor y Dios mío, una cosa nueva? (aquí no sabía yo lo que preguntaba). Esta pregunta la

hice por divina disposición, pues se complacía Su Divina Majestad en ser preguntado con sencillez; y si bien la pregunta parecía indiscreta, porque en Dios no hay imposible, no la tomó a mal Su Divina Majestad pues no nacía de curiosidad, ni menos de desconfianza en el poder infinito de Dios sino que nacía de un corazón determinado en cumplir la divina voluntad, cueste lo que costara. (Esta voluntad me ha dado Nuestro Señor que en conociendo el querer de Dios ninguna dificultad se me ofrece: Bendito sea por tanta bondad) y así, me dijo Nuestro Señor con muestras de mucho agrado: «Sí, hija mía, una Orden nueva quiero, pero no nueva en la doctrina, sino nueva en la práctica». Y aquí me dio Nuestro Señor la traza de toda la Orden, y me dijo que se había de llamar: Apóstoles de Jesucristo a imitación de la Purísima Virgen María.

- 8 Aquí me puso de nuevo delante las Órdenes Religiosas, y me hizo ver el deplorable estado de toda la Iglesia universal; y me dijo con palabras sentidísimas, dignas de toda ponderación, que no tenían otro remedio los males de la Santa Iglesia que la guarda de su Santísima Ley.
- 9 Aquí vi a Nuestro Señor Jesucristo, que lo tenía presente de un modo muy especial, con tanta pena por los males de la Iglesia, que parecía como que le saltaran lágrimas de sus divinos ojos, y me dijo con gran sentimiento: «Mira, hija mía, si con lágrimas pudiera renovar el espíritu de mi Iglesia, de sangre viva las lloraría; pues que no me contenté en agotar toda la de mis venas para su creación, sino que me dejé a Mí mismo en prenda y memoria del infinito amor que le tengo para su conservación hasta el fin de los siglos». (Esta visión me la renovó Nuestro Señor la noche siguiente estando en oración).
- 10 Esta visión quedó tan impresa en mi corazón, y todas las palabras que me dijo Cristo Nuestro Señor tan presentes, que ahora que lo escribo, que ha pasado ya más de catorce años, me parece que estoy viendo y oyendo a Nuestro Señor Jesucristo con el mismo modo de entonces.
- 11 Desde esta visión tengo mucho amor a la Pobreza Evangélica (ya la amaba mucho antes), porque me dijo Nuestro Señor que la Santa Pobreza había de ser el fundamento de sus nuevos Apóstoles, y que por la falta de esta virtud ha venido a tierra toda la Religión.
- 12 Desde entonces me ha hecho la gracia Nuestro Señor de tenerlo siempre presente, y una muy íntima comunicación con Su Divina Majestad especialmente en la Humanidad Santísima de Cristo Señor Nuestro, y en el Santísimo Sacramento. Han sido tantas y tales las finezas de amor que ha obrado Dios Nuestro Señor en esta miserable pecadora, que muchas veces me he visto obligada a exclamar: «Basta, Señor mío, basta; o ensanchad mi corazón o suspended tales finezas de amor».
- 13 Muchas veces me ha dicho Nuestro Señor que descansaba dándome parte de las injurias que recibe de los pecadores, especialmente de aquellos que Él ha escogido para su servicio. Otras muchas veces me ha manifestado su Sagrado Corazón rodeado de espinas, como comúnmente se pinta el Corazón solo; pero yo no lo he visto el Sagrado Corazón, sino dentro del Sagrado Cuerpo de la Humanidad Santísima de Cristo Nuestro Señor.
- 14 Muchas veces se me ha manifestado Cristo Nuestro Señor en figura de un joven de una majestad imponderable. He visto su divino rostro algunas veces, y toda su Sagrada Humanidad y siempre rompiéndome las entrañas del más vivo dolor, porque nunca lo he visto glorioso, sino siempre paciente, padeciendo los más atroces tormentos hasta querer ahogar aquel Sagrado Corazón en su santísimo pecho. Más de una vez me ha dicho Nuestro Señor: «Llora, hija mía, los males de la Iglesia que tanto punzan mi Corazón». Y en esto como que su Majestad abriera su pecho para enseñarme el Corazón rodeado de espinas.
- 15 La primera vez que Nuestro Señor me descubrió su Sagrado Corazón tan espinado, me parecía que iba a expirar a la violencia del dolor que sentí; y cierto habría muerto de pena si la gracia de Dios no me hubiera animado; porque a más de ver las espinas que penetraban hasta lo más íntimo de su alma, me dijo Nuestro Señor con gran sentimiento: «Mira, hija mía, así pagan los beneficios a este Corazón amante los ingratos hijos de mi Iglesia. Estas palabras, con la misma expresión

que me las dijo Nuestro Señor, parece se grabaron en mi alma, porque siempre me hacen el mismo eco en el corazón.

- 16 Otra vez me dijo Su Divina Majestad que aquellas puntas que vi que penetraban hasta lo más íntimo de su Santísima Alma, eran los golpes que recibe su Iglesia, y que se me presentaba siempre paciente porque los tiempos se acaban, y sus sacerdotes, los pastores de la Iglesia, no guardan su Ley.
- 17 Una noche estando haciendo la Oración de la Hora Santa, que se hace en la noche del jueves, mientras estaba concluyendo el último acto, al decir aquellas palabras: «Enviad aquel Ángel que vuestro discípulo amado vio discurrir por el cielo con el Evangelio eterno en la mano, para evangelizar a los que habitan en la tierra y decirles a todos: ¡temed al Señor y tributadle el honor que le es debido. Enviadnos ...». Se oyó un terremoto tal, que las monjas que estaban en el coro pensaron que todo el convento se les caía encima, y todo se venía abajo (según decían después, porque yo nada oí tan engolfada estaba en la plegaria). Se espantaron tanto que corrían de rodillas por el coro, abrazándose unas con otras; quedaron tan asombradas, que no me costó poco trabajo el acompañarlas a la celda, especialmente dos, que estuvieron bien malas del susto. Y eran todas religiosas de mucho espíritu, especialmente dos que no eran de casa, y por haberlas sacado de sus conventos en tiempo de la guerra, estaban en nuestro convento. La una se llama Hermana María de San Antonio, es Carmelita del Convento de Villafranca. La otra se llama Sor Joaquina Pujals; era Agustina del convento de las Magdalenas de Barcelona. Las otras dos eran de casa, se llamaban la una Madre Manuela Cabeza, y la otra Hermana Florentina Sangler. Lo más particular de este caso fue que al día siguiente cuando fueron las monjas al coro vieron un ladrillo de los más dobles que hay dentro de una vidriera del coro, y estaba derecho en medio de la vidriera, y sólo se sostenía por el listoncito de en medio; luego corrieron a avisar a la Madre Piora que admirando ella el caso como las demás por no ver por dónde podía haberse introducido, hicieron entrar un hombre para quitarlo y fue menester levantar la vidriera, y por más que reconoció toda la pared no pudo encontrar por dónde se entró; y era todo el ladrillo negro como fumado. Por más que las monjas preguntaban si alguna se había quedado en el coro aquella noche nosotras nos estábamos muy calladas, porque siempre lo habíamos de hacer medio a escondidas.
- 18 Bien se deja ver de donde vendría el tal ladrillo, por estar tan bien cocido o tan bien perfumado, pues en aquella Santa Oración estaba temblando todo el infierno y sin duda nos mandó aquel regalo para romperme a mí la cabeza si no matarme, como ha intentado muchas veces (aún antes de nacer quería ahogarme por un accidente que sufrió mi pobre madre, que a juicio de los facultativos, era imposible salvar la criatura que llevaba en las entrañas), y a las demás compañeras de tan santa devoción, que la hacían con gran fervor, intentó el infierno con aquel horroroso estallido a manera de terremoto, que no se oyó de ninguna parte del convento, ni de la ciudad, sino en el coro e iglesia, atemorizar a todas para que desistieran de tan santo ejercicio.
- 19 Estando una noche en oración anegada en un mar de lágrimas, rogando a Nuestro Señor, que por su Santísima Pasión y Muerte, tuviera compasión de las necesidades de la Santa Iglesia, que en aquel tiempo eran muchas, me dijo Nuestro Señor señalándome con el dedo a Mosén Claret como que yo le viera allí entre Nuestro Señor y yo: «Éste es, hija mía, aquel hombre apostólico que con tantas lágrimas, por tantos años seguidos me has pedido», manifestándome Su Divina Majestad la gracia que había puesto en aquella santa alma para la predicación evangélica, y me dijo Nuestro Señor que no había otro remedio para la paz de la Iglesia. Entonces yo no conocía a este señor, sólo había algunos días que oía decir que un capellán llamado Mosén Antonio Claret empezaba a predicar con gran celo de la honra de Dios y salvación de las almas. Me parece debe hacer de esto once o doce años lo menos.
- 20 Cuando mi Director me mandó escribir los apuntes que Nuestro Señor me marcó para la formación de la Orden, sentí tal pena, que confieso que si no hubiese sido la gracia de María Santísima, que me confortó asegurándome de su ayuda para todo, habría muerto de pesar. De

buena gana habría yo preferido el publicar mis grandes pecados por las calles y plazas de la ciudad, antes que las piedras hubieran sabido el más pequeño de los beneficios de Dios. Mientras escribí estos apuntes (que fue bastante tiempo por la grande repugnancia que sentía, porque más presente tenía las grandes y muchas ofensas que había cometido contra mi Soberano Criador, que las gracias que recibía de su larga y liberal misericordia), digo que fueron muchas las veces que Dios Nuestro Señor me hacía compañía a la noche mientras yo velaba, puesta de rodillas, orando y escribiendo.

- 21 Siempre me sentía a Su Divina Majestad a la parte de mi mano derecha; sentía tan real y verdadera esta divina presencia, que me parecía tenía una persona al lado, y cuando levantaba el corazón a Dios para defenderme de las furias del infierno (que padecía muchas), inclinaba los ojos hacia mi Señor como naturalmente se hace cuando se habla con otra persona de mucho respeto, y me imponía tanto la certeza de la divina presencia, que nunca me atreví a mirar directamente a la parte donde yo no dudaba que estaba Su Divina Majestad, sólo levantaba los ojos a una imagen que tenía delante, de Cristo Crucificado, y entonces veía una claridad tan extraordinaria en toda la celda que no sé a qué compararla. La pared que tenía al frente era más blanca que la nieve sin comparación, y parecía que aquella blancura le venía como de un reverbero que tenía al frente, que despedía una luz tan clara y resplandeciente que parecía como los rayos del sol, pero era más clara y suave.
- 22 Así me parece estaban todas las paredes de la celda porque yo nunca vi más que la del frente, por el grande respeto que me daba la presencia de la Divina Majestad.
- 23 Esta divina luz siempre robustecía mi alma y cuerpo, porque en cuanto al alma, me dejaba más gana de obedecer a mi confesor, que era lo que más necesitaba entonces para vencer las resistencias que me hacía todo el infierno, diciéndome que no había de creer a mi confesor, porque todo lo que me hacía o mandaba escribir, era nada y no hacía más que perder el tiempo. Decíame que esto de escribir Reglas era de grandes santos, y no para quien era tan mala como yo.
- 24 Y como en esto de ser tan mala, yo conocía que tenía mucha razón, daba mucho que entender a mi pobre confesor, para hacerme obedecer en esto de escribir, que en todo lo demás me gustaba mucho la Santa Obediencia.
- 25 El cuerpo quedaba tan corroborado, que a pesar de tener la salud muy quebrantada por las graves y continuas enfermedades que padecía, me pasaba las noches enteras en oración, desde que tocaba la campana de silencio hasta que tocaba a despertar. Los ayunos y disciplinas continuas, y el trabajo era mucho y bien pesado, porque eran muchas las religiosas enfermas, y había muy pocas de comunidad. Así que tenía que cumplir los cargos del noviciado y de monja profesas: estos últimos eran los que más me ocupaban.
- 26 Algunas noches me sucedió que estando en oración me ponía a escribir sin saber lo que escribía, y hasta después de concluido, que lo leía, no sabía lo que había escrito.
- 27 Un día me hizo ver Nuestro Señor la hermosura de su Santísima Ley, presentándome a la vista un hermosísimo y muy dilatado prado, todo lleno de hermosísimas flores de toda especie; daban un olor que sabía a todos los olores más exquisitos. Y vi que todas estaban manchadas, unas más y otras menos: había algunas que no tenían más que alguna pequeña manchita, pero afeaba aquella tan primorosa hermosura. Y me dijo Nuestro Señor: « ¿Ves, hija mía, la belleza, de los Mandamientos divinos? Estas manchas que afean estas hermosas flores es el quebranto de mi Santísima Ley, que no tengo quien la guarde porque no hay quien cumpla el precepto de la caridad».
- 28 En tu corazón y en el de tu confesor quiero grabar mi Ley. Esta visión me vino tan de repente, sin pensar yo en nada de esto, que me cogió en medio del coro al tiempo de hacer la genuflexión para salirme. Allí me quedé arrebatada sin poder pasar adelante ni volverme a mi lugar; no sé cuánto tiempo me duro, creo fue poco.

29 Una noche estando escribiendo la Regla que dice del cuidado que han de tener todas las religiosas y en especial las Superiores en no permitir en nuestras iglesias nuevas prácticas de devoción, me dio tal ímpetu que me salí de mí, de modo que mientras estaba escribiendo yo en el Convento de Tarragona, estaba en espíritu en las plazas de Roma, pues allá me transportó Dios Nuestro Señor para ver lo que pasaba. Sin duda lo hizo Nuestro Señor así para que creyera más lo que Su Divina Majestad me decía quejándose de lo mal que le sirven las personas consagradas a su servicio.

Yo me espanté mucho porque estaba con grande recogimiento, ocupada únicamente de lo mucho que conviene la quietud en las iglesias de monjas; y de repente vi y oí una algazara tan espantosa que se me estremeció todo el cuerpo; y vi una grande multitud de hombres de todas clases, muy desalmados todos, los gritos tan descompasados que daban me parecían demonios o gente que salía del infierno se empujaban unos a otros con gran violencia. Vi con grande espanto un trastorno general en casi toda la ciudad de Roma. Y vi y oí no sé cómo ni dónde, sólo me parecía estaban sepultados debajo de muy suntuosos edificios, cantando una canción que la letra decía así: observancia, observancia, observancia; pobreza, pobreza, pobreza; retiro, retiro, retiro; fidelidad, fidelidad, fidelidad a la Ley Santa del Señor. Por la canción me hizo Dios Nuestro Señor conocer que eran personas religiosas y Pastores de su Iglesia los que así cantaban, y aunque la canción se entendía en dos diferentes sentidos, hizo tal impresión en mi alma esta visión, que cuando me acuerdo de ella, y ahora mismo que estoy escribiéndola, a pesar de haber pasado muchos años me espeluzno de pies a cabeza. Dios Nuestro Señor nos libre por su misericordia infinita de caer en manos de la Divina Justicia.

30 En esta visión me sucedió lo que dejo insinuado en el número anterior, esto es, escribir algunas veces sin advertirlo hasta después de estar escrito. Yo creo que el mismo dedo de Dios escribió muchas cosas en aquellos apuntes; especialmente todo lo que trata de corrección y avisos para los Prelados de la Iglesia, porque yo nunca me había ocupado de estas cosas, ni mi espíritu se inclinaba a ello; antes al contrario, que les tenía a todos por santos. Y en mi concepto serán irreprehensibles. Yo no sé cómo era esto de escribir sin saber lo que escribía, y ello es cierto que así me sucedía.

31 En el fin de esta visión, o al día siguiente, no me acuerdo bien, me dijo Nuestro Señor: «Mis segundos Apóstoles han de ser copia viva de los primeros, así en el nombre como en las obras. Con la antorcha del Evangelio en la mano han de alumbrar a los hombres más sabios e ignorantes». Esto lo dijo Dios a Mosén Claret y la Orden.

32 Una mañana, día de San Andrés Apóstol, después de comulgar me dijo Nuestro Señor cómo el Padre Claret congregado con sus hijos en el Orden de Apóstoles de Jesucristo, será la clara estrella que con su clara y apostólica doctrina disipará la ignorancia de nuestro siglo, que los que están más ciegos, creo llaman siglo ilustrado; y añadió Su Divina Majestad: Este Padre es el primero, y él quiero que arregle las primeras casas de esta nueva Orden.

33 Esta breve noticia, pero compendiosa, sin apartarse un punto de la Regla que Nuestro Señor me mandaba escribir, llenó mi corazón y mi alma de una santa alegría tanto, que por un largo espacio no podía contener las lágrimas, viendo la grande obra que va a hacer el Señor. En estas breves palabras que me dijo Su Divina Majestad me hizo comprender tantas y tan grandes cosas de esta santa alma, que me quedé como fuera de mí, creo perdí los sentidos del cuerpo, mientras las potencias del alma se ocupaban en admirar cuánto puede la gracia de Dios en un alma. Vi o entendí, no sé explicar de qué manera, cómo dejaba Dios Nuestro Señor al arbitrio de esta santa alma los intereses de su Iglesia, y cómo si de él dependiera el poner en pie la Ley Evangélica, y me parecía que Su Divina Majestad le decía: «Gracia te he dado para ello». Conocí que esto era una gracia singularísima que sólo ha concedido Dios a los Santos Apóstoles, y vi cómo Nuestro Señor Jesucristo se lo rogaba de un modo que yo no sé cómo encarecer.

34 En esta visión siempre vi a Nuestro Señor muy apesadumbrado, y conocía que estaba invitando a este Santo Varón para que lo siguiera, prometiéndole grandes premios si le ayudaba a poner su

Santísima Ley en pie. Y le volvía a decir Nuestro Señor: «Si quieres, gracia te he dado». En cada palabra que decía Nuestro Señor veía muchas cosas; unas entendía y otras no comprendía lo que quería significar Nuestro Señor en aquello; y después me lo ha ido descubriendo, como diré siguiendo esta explicación.

- 35 Un día de los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo, después de comulgar me retiré a una tribuna, para tratar a solas con mi Dios la obra que me había encomendado, y hacerle presente las grandes dificultades que yo veía en la ejecución. No me atrevía a decirle a Nuestro Señor que aquello era imposible para mí, porque la certeza del poder de Dios en sus criaturas siempre la he tenido muy firme por la gracia de Dios; pero en aquellos días permitió Nuestro Señor que me olvidara de todas las promesas que Su Divina Majestad me tenía hechas, y no veía más que causas humanas, que se me presentaban de todas clases como un ejército formidable e invencible. Miraba mi poquedad y la pobreza de mi persona, me confundía tanto que hasta de tratar tales cosas con el mismo Señor, que me mandaba, me daba vergüenza, porque ningún don veía en mí, ni de naturaleza ni de gracia, para poder cooperar a los designios de Dios Nuestro Señor. Así que, anegada en un mar de lágrimas, no sabía pronunciar otras palabras que: ¿cómo será, Señor, esto? También me angustiaba mucho el verme tan sola en Obra de tanto empeño, que cuanto más me aniquilaba en mi nada, más claramente me descubría Su Divina Majestad los grandes fines que tenía en su cabal cumplimiento, y la gloria que había de redundar a Dios Nuestro Señor por el grande bien de la Iglesia. En esto yo me animaba mucho a padecer, porque Dios Nuestro Señor me ha dado un amor tan grande a mi Santa Madre la Iglesia, que si a costa de mi vida (y aunque tuviera mil) pudiera yo restituirle la paz, con grandísimo amor sufriría los más crueles tormentos, aunque fuera hasta el fin del mundo.
- 36 De esta buena voluntad se pagó mucho Nuestro Señor y me vino a visitar en la misma tribuna (que continuaba la misma oración) y me dijo: «El Padre Claret (así me lo nombraba entonces que no era Arzobispo) te dará la mano para formar las primeras Casas de la Orden». También iban con Su Divina Majestad los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo, cuya fiesta celebraba aquel día la Iglesia, como he dicho arriba. En esta visión estaba yo con grandísimo recogimiento, sin perder los sentidos del cuerpo. No vi ni a Nuestro Señor ni a los Santos Apóstoles; más sentí tan clara y real la divina presencia, como si los viera con los ojos del cuerpo. Sentí a Su Divina Majestad que llenaba toda la tribuna de grande majestad, y a mí me llenó mi corazón y mi alma de tanta confianza en sus divinas palabras, que ya nunca jamás dudé de su completo cumplimiento. San Pedro y San Pablo siempre estuvieron a la parte de mi mano izquierda, dándome grandísimo consuelo; y aun ahora cuando me acuerdo me da mucho ánimo en las dificultades que se me ofrecen.
- 37 Me parece fue este mismo día, no me acuerdo bien cierto, que después de haberme dado Su Divina Majestad tan grande alegría, que para mí fue sin igual, porque la certeza que me infundió fue verlo cumplido ya, y con grandísima facilidad sacar el permiso del Gobierno, que en aquel tiempo no era poco, cuando el Gobierno mismo había sacado todas las monjas de sus conventos y apoderádose de todas sus rentas; y la facilidad con que se sacaría la Bula de Roma, y cómo quería Nuestro Señor que este Padre fuera a Roma a buscar la aprobación de toda la Orden, y después de haberme asegurado que todo así sucedería, me añadió que este mismo Padre sería el que más me daría que sufrir.
- 38 Entonces yo no entendí lo que quería decir esto, por parecerme contradictorio a lo que acababa de decir Su Divina Majestad con tanta certidumbre. Muchas veces decíale a Nuestro Señor: Señor y Dios mío, si este Santo Varón me ha de dar la mano para la formación de las primeras casas ¿cómo me decís que me ha de dar tanto que padecer? En esto nunca me contestó Nuestro Señor y siempre me dejaba a oscuras sin poder conocer en qué sería este modo de sufrimiento.
- 39 Después me ha dado a conocer Nuestro Señor y me ha dicho muchas veces que sufriría mucho por las resistencias que haría este Padre en poner el hombro al trabajo; por no manifestárselo Su

Divina Majestad como él quería, y me ha dicho más de una vez Nuestro Señor: «Mira, hija carísima, estas resistencias que ves en tu Prelado, son la aflicción en que me viste cuando te manifesté la gracia que Yo puse en su alma fiándole los tesoros de mi Iglesia, y tú viste cómo le rogaba, una, dos, y más veces, me ayudara a poner en pie la guarda de mis Divinos Mandamientos. Todos los desprecios que hace de tus avisos Yo los tomo como míos, porque Yo te escogí como instrumentos de mi voz, para grandes cosas, y esto, sólo por mi eterna disposición».

- 40 Estaba yo un día muy afligida y en la oración no hacía más que llorar, porque el confesor me puso bajo precepto de Santa Obediencia el escribir con toda claridad los apuntes que Su Divina Majestad me había marcado para la reformación de la Iglesia; y en esta aflicción me dijo Nuestro Señor: «Qué temes hija? Bien puedes escribir sin ningún temor, porque esto no prueba ningún mérito tuyo. No prueba que tú seas muy buena por tener estas visiones, sepas que no has de pensar que eres buena por tener estas visiones, y estas comunicaciones que Yo te doy, sino que has de juzgar de la virtud por los actos prácticos de la perfecta abnegación de ti misma y la perfecta obediencia. Cuando el demonio te molestaré contra la Santa Obediencia, diciéndote que tu no debes escribir estas cosas, que esto es para una Santa Teresa, Santa Catalina y otras, dile que te acuerdas muy bien de la burra de Balaam». En esto quedé muy contenta; y desde entonces con mucho más ánimo para obedecer en cuanto me mandare el confesor, y lo tengo siempre por lo mejor, bien que por mi ruindad no he dejado de resistirme algunas veces.
- 41 Un día estando en el coro cumpliendo una penitencia que me había impuesto el confesor, por una resistencia que yo tenía en escribir algunos favores que Dios me había hecho (que era para mí ésta la penitencia más grande que me han impuesto los confesores) me dijo Nuestro Señor con mucha severidad: «¿Qué, Yo no podré nunca hacer de ti lo que Yo quiero? Di a tu Confesor que te castigue muy bien todas las resistencias, sin dejar pasar ninguna, porque me disgustan mucho por privarte de grande perfección.
- 42 Otra vez me dio semejante reprensión Nuestro Señor por haber resistido a la divina inspiración; porque esto de mandarme Su Majestad ciertos recados a personas determinadas y que yo conozco que no los han de tomar bien, y otras cosas que el confesor me ha de reñir, me repugnan tanto que muchas veces huyo de la oración, dejando a Nuestro Señor con la palabra en la boca. Unas veces lo toma a mal Su Majestad y otras no, porque hay ocasiones que estoy tan confusa en la presencia de Dios, reconociendo mi pobreza, que mi alma no conoce la íntima comunicación en que la tiene Su Divina Majestad y de aquí es que se retira como avergonzada y confusa; y debo decir aquí, con harta confusión mía, y sólo por mandato de Santa Obediencia, que muchas veces me parece estar tan metida en los arcanos de Dios, que parece le abra Su Majestad las arcas de su poder y bondad dándole tanta luz de sus infinitas disposiciones, en tanto grado, que si Dios no confortase mi flaqueza, no podría el cuerpo tan miserable resistir; y de aquí es, que muchas veces me he visto obligada a decir: «Basta, Dios mío, basta, o ensanchad mi corazón, o suspended tales finezas de amor». Así que vuelvo a decir que esta vez me dio Su Majestad una fuerte reprensión por la descortesía que cometí dejándole con la palabra en la boca; y me dijo al día siguiente que fuera a mi confesor y le prometiera más obediencia, y renovara el voto que me había mandado hacer; y me dijo que mirase cómo Él había obedecido y cómo estaba puesto en la Cruz; y me dijo tantas cosas de la Santa Obediencia que yo quedé tan confusa y humillada, que no hacía más que llorar: me parecía que todos los que trataba aquellos días conocían la confusión con que yo andaba.
- 43 En una ocasión estando en peligro de muerte mi confesor, ofrecía a Dios mi vida por él, no por el amor que le tenía que era mucho, por lo mucho que le debía mi alma, sino por conocer que su vida era muy necesaria por el bien de la Iglesia. Porque a más de ser sujeto de muchas y buenas letras, siempre tenía una certeza de que había de ser Obispo, y por su celo y virtudes, que tiene muchas, especialmente grande celo de la gloria de Dios, estaba yo bien persuadida que su vida era muy necesaria, y la mía de ningún mérito y sin provecho, como se deja ver lo que va de la vida de

un santo Prelado a la de una pobre monja y ruin. Mas, ¡oh juicios impenetrables de Dios!!!!!! Díjome Su Divina Majestad que no lo quería porque más había de aprovechar mi vida a la Iglesia que la de aquel gran siervo suyo. Me causó tal confusión esta noticia tan inesperada que no me hartaba de llorar. ¡Cuán cierto es que los juicios de Dios son insondables! y que de instrumentos los más débiles hace cosas grandes. Bendito sea por tal poder y bondad.

- 44 Estando un día oyendo la misa de este confesor mío, vi una nube en medio del altar, más blanca que la nieve; despedía de sí una luz transparente que iba a dar a la cabeza del celebrante, y al poco rato quedó todo él más blanco que la misma nieve, y todo transformado con la misma nube, de manera que ya no se veía forma de nube, sino que parecía salían como unos rayos de luz muy suaves de todo su cuerpo, que daba gran resplandor en todo el altar. Fuéme manifestado que aquella blancura significaba la pureza de su alma.
- 45 Desde que empecé a servir a Dios hasta que Su Divina Majestad se dignó manifestarme la formación de la Orden, siempre veía una estrella que me daba en medio de la frente, y los rayos me daban en los ojos especialmente cuando oraba a María Santísima, eran tan resplandecientes que algunas veces me impedían el mirar, pero siempre eran con mucha suavidad. Después que Nuestro Señor me hubo manifestado la formación de la Orden, cesó esta estrella, por el espacio de cinco a seis años, de manifestarse con tanta continuación, de manera que así como antes era continua, en estos años no la veía más que alguna que otra vez.
- 46 Cuando mi confesor me mandó por precepto de Santa Obediencia que escribiera los apuntes que Dios Nuestro Señor me había marcado para la formación de la Orden, en tiempo de manifestármelo se me volvió a aparecer la estrella con más frecuencia que en estos cinco o seis años, pero me parece no era tan continua como antes.
- 47 Después de escribir estos apuntes se volvió a desaparecer casi totalmente, hasta el año 1854 que Dios, por su infinita bondad, se dignó comunicarme cómo y por qué medios quería la reformación general de toda la Iglesia, como luego diré.
- 48 En este año de 1854, Dios Nuestro Señor me dio una comunicación tan continua con Su Divina Majestad que me parece imposible poder vivir una criatura en esta miserable vida con tan íntima comunicación con Dios, y no sé si acertaré a explicar cómo fue. Me parece que me tenía Dios Nuestro Señor el alma metida en lo más secreto de su Corazón, y allí le estaba comunicando sus eternas disposiciones, con tanto regalo y caricia, como un muy amigo trata sus cosas con su igual; y si hace mucho tiempo que no se han visto estos caros amigos, tienen muchas cosas que decir, y todo es buscar tiempo para hablar a solas. Así parecía buscaba Dios Nuestro Señor tiempo escondido para hablar a solas con mi alma y recrearse con su íntima comunicación. Yo no sé si digo disparates, pero es nada esto y cualquier comparación que se puede hacer respecto al cariño y familiaridad con que Dios Nuestro Señor trató por aquel tiempo mi alma. Lo que especialmente vi en aquel secreto divino fue el estado de la Santa Iglesia y los medios y modos que había determinado toda la Santísima Trinidad para poner en pie los Mandamientos Divinos. Esto era lo que tomaba toda la atención a Dios Nuestro Señor, ya me lo presentaba de un modo, ya de otro, pero siempre era lo mismo. Este modo de comunicación la hizo Dios con tanta suavidad y premura que, a pesar de estar mi alma tan metida en este secreto divino que a mi entender no salía de allí, nunca entendí por qué Nuestro Señor me comunicaba aquellas cosas, hasta que a fines del año se dignó Su Divina Majestad darme la visión siguiente.
- 49 Año de 1854, día de Todos los Santos, a las diez de la mañana estando en oración, se dignó Su Divina Majestad manifestarme cómo quería la Reformación de toda la Iglesia hecha por el Papa Pío IX, y me dijo Nuestro Señor quería darle esta gracia en premio de haber dado a toda la Iglesia, en dogma de fe, la Inmaculada Concepción de María Santísima. Después de esta visión, me parece desapareció la estrella de que hablaba, y me parece no la he visto más.
- 50 El día 23 de octubre de 1855, estando rezando Nona me dijo Su Divina Majestad cómo no sólo



quería que escribiese lo que me manda mi confesor, sino también las Reglas para la Reforma General, según me tenía ya mandado Su Majestad, e iría manifestando.

- 51 Año de 1855, día de Todos los Santos, estando en oración me mandó Su Divina Majestad me fuese a escribir unos apuntes del modo que quería dar principio a la Reforma General y me dijo lo que había de escribir. Estaba en oración muy fervorosa cuando me dio Nuestro Señor este mandato y me tenía Su Majestad como atada muy fuertemente sin ponerme menear, porque yo me quería ir de la oración porque todavía me espantan cosas tan grandes siendo yo lo que soy.
- 52 Aquí me renovó Nuestro Señor la visión del año pasado, y me dijo cómo se había de empezar por los Prelados y cómo el 2[Claret] había de ser el primero que se había de ofrecer con voto a Su Santidad de guardar los preceptos y consejos evangélicos; y también el 3 [Curríus] junto con el 2; y como este 3 había de ser el superior, y muchas otras cosas me dio a entender Nuestro Señor, que cuando Su Majestad querrá, diré; porque unas entendí guarda Nuestro Señor para otro tiempo y otras no se sabrán hasta el día del Juicio, y aquí me dijo Nuestro Señor que me recogiera y me postrara que Su Majestad me daría la bendición, y que me fuera a escribir. Yo me postré con grande humildad y reverencia porque me parecía estaba cara a cara delante de la Majestad de Dios; y me sentí como que me soltara de entre las ataduras que me tenía, y grande sumisión de ánimo para obedecer y escribir, que hasta entonces nunca la había sentido, sino grandísima repugnancia.
- 53 Mas luego de haber escrito los tres primeros puntos con gran paz y sosiego de mi alma, se enfureció mucho el infierno, y como enemigo capital de todas las obras de Dios, como es ésta según me asegura quién ha examinado el espíritu que me gobierna, digo que empezó el demonio a molestarme fuertemente con mis antiguos temores diciéndome que todo esto no era más que perder tiempo en perjuicio de mi alma, y que tal vez todo esto era imaginación mía y que iba enredando a mi pobre confesor [Curríus], y que lo mejor para mi seguridad era no decir nada de estas cosas y no obedecer en los preceptos que me ponía en escribir, y mil otras cosas que me ponía en grandísima confusión; porque si bien yo no era digna de que Dios comunicara tales cosas conmigo, como me decía el demonio, pero esto de no obedecer al confesor me daba pena porque siempre me decía Nuestro Señor que obedeciera en todo, que no permitiría Su Majestad se equivocara el confesor en cosa de tanto peso.
- 54 Así andaba peleando entre el temor a la ilusión y el amor a la Obediencia, hasta que, Dios Nuestro Señor se dignó manifestarme el Juicio final muy cercano para asegurarme de la verdad manifestada.
- 55 Esta visión del Juicio final me da tal horror que sólo pensarlo me espeluzno de pies a cabeza, y no sé hablar de lo que vi, y así sólo diré lo que hace a mi propósito; y es que en medio de los horrores que me aterraban me pareció que me huía junto con otra religiosa y nos entramos en el claustro de una iglesia (la catedral de Tarragona) y allí me salvó Dios del fuego devorador que caía del Cielo como una lluvia espantosa que en un momento abrasaba toda la tierra; y me fue manifestado que aquella iglesia era esta religión, que ha de presenciar en el Juicio final.
- 56 Esto me manifestó Nuestro Señor entonces; y después de mucho tiempo que había tenido esta visión, escribiendo a un confesor mío, que me mandaba darle cuenta de todas estas cosas, me dijo Nuestro Señor le dijera que esta Orden es la que regirá Cristo Nuestro Señor en los mil años de su feliz reinado. Esta nueva noticia, a mi entender, es una de aquellas grandes cosas que cuando Dios Nuestro Señor se dignó manifestarme el estado de la Iglesia, me dijo que aguardaba para otro tiempo.
- 57 Esto del juicio me lo repitió Dios al día siguiente, porque a pesar de lo que acababa de ver con tanto espanto, que con la palidez del rostro manifestaba el día grande del Señor, digo que a pesar de estar temblando por el imponderable espanto de la trompeta, todavía tenía sospechas de si podía ser imaginación mía, o si sería un sueño pesado, porque en esto de visiones y revelaciones

siempre he sido casi incrédula según el dicho de mis confesores. No le debe disgustar a Dios este modo de incredulidad, pues a mí me ha sufrido tantas y me lo volvió a manifestar.

- 58 Un día paseando por la azotea del Convento de Tarragona en que tomé el santo hábito, estaba premeditando en la Obra que Dios me había encargado de la fundación de la Orden, se me presentó un monte de extraordinaria grandeza desde la falda hasta la cima, todo lleno de malezas y que se había prendido todo de fuego y me dio a entender Nuestro Señor que éste era el monte de perfección de esta Santa Orden, y que yo andaba entre las llamas desde la falda hasta lo más alto del monte, y que de lo más alto había de atravesar el monte para hacerse la Obra. Por la grandeza del monte y la voracidad de las llamas entendí que significaba las grandes y espantosas dificultades que me pondría todo el infierno para estorbarlo; y el llegar yo hasta lo más alto del monte pisando las llamas y atravesarlo, me aseguró Nuestro Señor que con su gracia me ayudaría para salir en bien de todo.
- 59 También se me presentó la grande pobreza mía para Obra que tanto había de costar, y en esto me dijo Nuestro Señor con grande confianza, que Él lo tenía todo para mí. Yo me afirmé tanto en ello que jamás he confiado en ningún otro.
- 60 Después me dijo Su Majestad quería viniese conmigo la Hermana Florentina, y que se quería servir de sus dineros para empezar la primera fundación: esto me lo dijo Su Majestad a la hora del examen de la mañana; y ella después de comer vino a decirme que Nuestro Señor le había dicho aquella mañana en la hora del examen, que había de venir a donde yo quisiera ir. Esto sucedió cuando yo todavía no le había dicho nada de todo lo que me había comunicado Su Divina Majestad. ¡Bendita sea por siempre su infinita providencia!
- 61 Después que Nuestro Señor me había dicho tantas veces, como dejo referido, que el Padre Claret arreglaría las primeras casas de la Orden, y que otras muchas me había Su Majestad hecho ver en espíritu la santidad de aquella alma, dispuso Nuestro Señor que por medio de mi confesor viniera al convento a hablarme este siervo de Dios. (Creo le había dado a leer mi confesor los apuntes). El confesor quería le explicara todas las cosas según él me diera lugar; pero yo tenía tanta vergüenza en decir que Dios me había comunicado esta Obra, porque yo no entendía de comunicaciones ni revelaciones, así que la confusión me tenía aniquilada, y sólo le dije que Nuestro Señor me había dado a conocer que quería se arreglara una Orden, en donde se guardara su Santísima Ley y Consejos Evangélicos; con estas pocas palabras quiso Dios quedáramos entendidos, y en seguida, sin darme lugar a que me explicara más, me dijo que no dudara, que así se haría: y diciéndole yo que Dios tenía prisa para que fuese pronto y cómo Nuestro Señor me había dicho que él había de ir a Roma, a buscar el permiso de Su Santidad, me contestó que ya estaba madura la fruta, pero que todavía no estaba en sazón: que bien podía descansar dejándolo todo a su cuidado; y con una de aquellas gracias que él acostumbra hablando, me dijo: «Ara yo ya sé que Vuste está aquí».
- 62 «Ahora están acabando las Misiones mis compañeros y después nos reuniremos todos y trataremos con el Obispo de Barcelona que está para llegar, y es muy amigo mío y veremos cómo se arregla la cosa». Pero Dios Nuestro Señor que tenía determinado en sus decretos eternos dar el vuelo a la otra parte del mundo, permitió que se ofreciese no sé qué estorbo, que creo desbarató algunas de sus ideas, sin duda porque eran bien diferentes los planes de Dios, de los de este Santo Varón y míos; porque bien cierto que ni él pensaba en la cruz que Dios le tenía preparada, cargándole el gobierno de esta vasta Isla, ni yo había pensado por entonces atravesar esos mares. Así que me quedé en mi convento siguiendo como antes; y él siguiendo sus misiones tal vez sin acordarse más de mí, hasta que se cumplió el tiempo que Dios desde su eternidad tenía determinado, para trasladarnos a este nuevo mundo, en donde quería empezar su Obra.
- 63 Cuando este Santo Varón fue electo Arzobispo de esta Isla, mi confesor me trajo la noticia muy apesadumbrado por parecerle imposible el dar mano a la Obra, pero yo que estaba tan cierta de lo que él me había dicho, de «que no dudare, que así se haría la Obra», esto lo tuve yo tan cierto

como que Dios me lo hubiera dicho por boca de esta santa alma; y así contesté al confesor, que se alegrara que así convenía sin duda para la ejecución de la Obra. Y así se cumplió.

- 64 Una noche vi (en sueños a mi parecer) una hermosísima cruz en el cielo, formada de estrellas tan resplandecientes, que yo no puedo explicar su hermosura y belleza, ¡qué encanto!, ¡qué resplandores despedía de sí!, ¡qué de cosas vi en ella!!!..., pero al momento que la vi formada se desbarataron los brazos, quedando el asta sola, con la misma hermosura las estrellas, sólo perdió la forma de cruz que, según yo la vi, era lo más precioso que se pueda ver.
- 65 Fuéme manifestado que aquella cruz significaba esta Santa Orden, y que resplandecerían sus hijos como estrellas, y que la veía en forma de cruz porque han de predicar la cruz de Nuestro Señor Jesucristo porque los tiempos se acaban, y el guión de la cruz de Cristo irá adelante. Y otras cosas entendí que no puedo explicar.
- 66 Aquello de desbaratarse los brazos de la Cruz me daba pena, porque entonces no entendí lo que significaba, y un día pensando si quizá por mis pecados se iba a disolver pronto esta santa casa recién fundada, me consoló el Señor diciéndome, que no temiera que quedaba el tronco, que pronto vería dispersa la familia de mi Prelado. Y sucedió que dentro de muy poco tiempo empezaron a dispersarse. No nombro cuál fue el primero y el segundo, por no ofender a nadie. Mi confesor que me manda escribir, dará testimonio de ello.
- 67 Una vez al entrar en el coro se me presentó una procesión, me parecía estaban en el cielo, vi mucha gente, y todos con actitud de pelear por defender y enseñar la Ley de Cristo. No conocí más que tres personas (el que me manda escribir sabe sus nombres) y estos tres iban vestidos de blanco y llevaban coronas, y éstos estaban parados. Yo me admiré mucho y no podía entender qué significaba aquello de estar aquellos parados sin actitud de pelear y verlos a ellos vestidos de gala. Y me dijo Nuestro Señor que aquellos tres le costarían mucho de arrancar de la tierra, y que por esto les presentaba el premio por delante; y que los demás que estaban en actitud de pelea, son los que trabajan sólo por la gloria de Dios, sin interés de premio, y éstos serán más premiados. Y díjome Su Majestad que unos, y otros eran de la Orden de mi Prelado.
- 68 Da 27 de agosto de 1856. Dando gracias a Dios después de haber comulgado, renovando mi profesión, me dijo Nuestro Señor que descansara de mis temores, que bien había escrito lo que me había mandado. Y que santo era mi Prelado, pero que se había de santificar más por los medios que me había mandado escribir Su Majestad que ésta era su Voluntad.
- 69 Un día de la octava de la Epifanía, al tiempo de recibir la Sagrada Hostia para comulgar, María Santísima me dio a adorar los dulcísimos pies del Divino Niño Jesús recién nacido. Sentí grandísima dulzura, y recibió mucha gracia mi alma. ¡Qué belleza del Divino Niño!!! ¡Qué candor y gracias vi en mi Santísima Madre, María Santísima, Bendita sea por tanta bondad.
- 70 Andaba yo en una ocasión muy afligida rogando por la conversión de una cierta persona que sabía había cometido tres o cuatro pecados mortales, y me traspasaba el alma por ser esta persona religiosa, consagrada a Dios, y un día de los que yo estaba más afligida, me dijo Nuestro Señor con gran sentimiento: «Así me pagan los beneficios los hijos de mi Iglesia, déjame, hija mía, descansar en tu corazón, que no tengo en donde reposar».
- 71 Muchas veces vi en aquel tiempo, que creo hará once o diez años, a Dios Nuestro Señor en figura de un hermosísimo Niño, como durmiendo en los brazos de María Santísima, y fuéme dicho que así descansaba en mi corazón; y así realmente se me daba a sentir Dios Nuestro Señor en los brazos de mi alma después de haber comulgado. ¡Qué finezas de un Dios amante! pues todo era su amor, porque no hallaba en mí correspondencia. ¡Oh ingratitud mía, que tanto he ofendido a quien tanto me ha amado!
- 72 Al tiempo de comprar la casa para monasterio pasé grande trabajo, porque el Arzobispo no estaba entonces en la ciudad y el Provisor que entonces era, se prendó tanto de una casa tan buena, que

por serlo tanto no era para pobres monjas, pues que no viene bien al pobre sayal con el pavimento de mármol y casa que estaba fabricada para gente de mucho regalo. Yo todo era manifestar disgusto para que no se comprara porque el Arzobispo me había dicho, antes de irse a la Visita, que se comprase solar y después se haría la fábrica, y esto era lo que yo quería, para hacerse según la pobreza que Dios me había dicho, pero como el Buen Arzobispo había puesto todo este negocio en manos del Provisor (no me ha hecho padecer poco este desprendimiento del Arzobispo) y éste según se expresaba iba la compra a cuenta suya, yo siempre había entendido que no habríamos de pagar más que el dote que yo tenía y el de otra mi compañera, dejando todo lo demás al cuidado de dicho Provisor.

- 73 Así que en atención al favor que yo (por mi mala inteligencia sin duda) contaba de este señor, me parecía desagradecimiento el resistirme ya más, y todo era pedir a Dios pusiera un estorbo, o aquietara mis zozobras, porque por más que me daban razones favorables, nunca podía venir en ello, y no tenía nadie con quien consultar, porque yo entonces todavía no había consultado ninguna cosa de la fundación con el buen Padre Curríus, y bien pocas de mi alma. Así que andando con tanta fatiga por no saber qué hacer, un día me puso Nuestro Señor mucha gana de consultar con este buen Padre, y me dijo Su Majestad: «Haz lo que él te diga y aquietas tus temores». Y me hizo entender Nuestro Señor que este Padre nos había de ayudar mucho en la Orden, y que él había de ser conmigo lo que San Juan de la Cruz con Santa Teresa.
- 74 Esto me lo dijo Nuestro Señor dos años antes de la fundación, y se ha cumplido a la letra, porque si este siervo de Dios no me hubiera ayudado tanto en la fundación, no sé cómo habría salido en bien, de tantos estorbos como ponía todo el infierno para que no se fundase sin rentas.
- 75 Unos meses antes de venir la Bula de aprobación de Roma, me escribió este buen siervo de Dios desde Puerto Príncipe, que estaba allá entonces con el cuidado de dirigir la fábrica de la Beneficencia por orden de Su Excelencia Ilustrísima; y me mandaba en su carta que le dijera muchas cosas concernientes a su espíritu y al mío; yo no tenía cosa particular para escribir, porque siempre he sido perezosa en esto de dar consejos, especialmente a la gente que me los debe dar a mí, pero como me da miedo faltar a la Obediencia (que de ella luego se valen) me entré en el coro un rato antes de escribir a preguntar a Nuestro Señor me dijera qué le había de escribir. Y me dijo Nuestro Señor: «Dile que venga, que hasta ahora ha trabajado bien allá, pero que ahora quiero que venga aquí que es más necesario».
- 76 Yo así se lo escribí pero él no habría venido por mi dicho porque es muy obediente al Prelado, y éste le había escrito que convenía siguiera la fábrica; pero Nuestro Señor se supo arreglar de manera que el mismo Prelado le escribió que viniera, no me acuerdo por qué asunto le convenía, bien diferente de lo que Dios Nuestro Señor quería ocuparle; así que llegó a ésta a los días de haberme llegado la Bula de Roma. Aquí vi claro era verdad lo que había dicho Su Majestad que era necesario viniera de Puerto Príncipe. ¡Oh Y cómo me admira la providencia que tiene Dios en sus criaturas, y cuán grande la ha tenido de esta pecadora.
- 77 Estaba yo en esta ocasión con unas apreturas que me ahogaban el alma, y sin saber cómo salir de ello; porque el Arzobispo [Claret] quería hacer la fundación asignando dotes, y el Señor ya me había dicho que de ninguna manera viniera en ello si no me lo mandaba por Santa Obediencia, y que le dijera a mi Prelado, que suficiente renta había con los 11.000 pesos que costaba la casa, y a más el dote que yo tenía, que junto con algún otro no bajaba de unos 15.000 pesos, y que todo se ocupara en la fábrica del convento, y que bajo esta condición y no otra bien podía admitir la fundación y profesar; y que ésta era la Voluntad divina, y que bien bastaba esto para cumplir las sagradas letras. En esto venía bien el Arzobispo, pero el Provisor decía que de ninguna manera podía hacerse, y el Arzobispo en diciendo el Provisor ya desistía. Todo era registrar libros y formar planes, y mandarme a decir si me gustaba; y a mí nada me gustaba sino lo que me había dicho Dios, y siempre contestaba lo mismo que ya había dicho al Arzobispo que no me consultaren que, ¿qué entendía yo de aquellos negocios? (Y cierto que según ellos ideaban para

mí todo era confusión). Que hicieren como mejor les pareciere, que yo en todo lo que el Prelado mandara me avendría con gusto: pero que yo estaba bien segura de lo que Dios Nuestro Señor me había dicho y que no permitiría su Majestad cosa contra su Voluntad; y así se hizo con la gracia de Dios y el celo y actividad de este Siervo de Dios que no se cansaba de hablar con unos y persuadir a otros.

A mí me decían, el Arzobispo: que yo quería ser pobre y el Arzobispo que comprara la casa; y el Provisor: que yo quería el nombre de pobre y vivir con las «espaldas» de las terciarias. Pero ya se me daba poco todo, por ver que este siervo de Dios, que lo es mucho, lo tomaba con tanto empeño; y yo en cuanto el confesor me asegura que no se ofende a Dios ninguna cosa me da pena (después supe que decían tales cosas a mi confesor, que ya quería dejarme).

- 78 Estando un día en oración me deshacía en llanto pidiendo a Nuestro Señor se dignara manifestar si era de su agrado la obediencia que me imponía el confesor en escribir los dones y gracias que de Su Divina Majestad había recibido, pues yo sentía tal repugnancia cual nunca la hubiere sentido; y me dijo Nuestro Señor: «Si, hija mía, obedece siempre y en todo; estas luchas que sientes, es el infierno que quiere impedir mi gloria. Dile a tu confesor, mi siervo, que te ayude». Me parece que era este mismo día que Nuestro Señor me dijo que éste su siervo le era muy agradable por su humildad, y que era el alma que más amaba en la tierra entonces.
- 79 Unos días antes de hacer mi profesión religiosa me dijo Nuestro Señor cómo quería comunicar una gracia a mi Prelado pero que no lo haría hasta después de haberme profesado. Y María Santísima me dijo que ella cuidaría de hacerle entender cómo el cargo de la Iglesia gravitaba sobre él.
- 80 Así se cumplió a pocos días de haber profesado, que se le fue dicho cómo había de ser el Ángel del Apocalipsis. Esto me lo dijo él mismo (lleno de admiración y pasmo) el día que vino a despedirse para ir a la Visita; creo que era el día 1 de noviembre de 1855 y yo hice mi profesión a los 27 de agosto del mismo año 1855.
- 81 Todo lo que Dios Nuestro Señor se ha dignado manifestarme tocante al estado de la Santa Iglesia, todo se encontrará en los apuntes que entregué a mi Prelado, en 9 de junio de 1856, por mano de mi confesor D.N.N. [Curríus] Las notas particulares que hay en dichos apuntes no deben ser presentadas porque no me las dijo Nuestro Señor para hacerlas públicas por ahora sino para un aviso de amigo para el interesado. Antes quiere que estén ocultas hasta que el mismo sujeto las publique, si a él le parece bien para gloria de Su Divina Majestad. Tanto como esto lo quiere Dios Nuestro Señor.
- 82 Lo mismo digo del escrito que le mandé incluso con el papel de las notas en el cual escribí todo lo que me mandó escribir María Santísima el día de su Santo Patrocinio del año 1855.
- 83 Éstas y otras muchas gracias ha hecho y hace Nuestro Señor a esta gran pecadora. Me parece que con las que tengo dichas bastará para conocer el espíritu que me gobierna, y el alma que me ha dado Nuestro Señor. Bendito sea por tanta misericordia.
- 84 Sabe el cielo y la tierra que he dicho y confieso la verdad sin ningún encarecimiento, antes digo lo menos que lo más, porque nunca había tenido cuenta con estas cosas, y ahora que la Santa Obediencia me obliga a escribirlo como en algunas cosas han pasado ya muchos años, más quiero dejarlas que decirlas por no considerarlas necesarias. Porque quien leerá las que dejo escritas, bien podrá inferir el modo que acostumbra Dios en almas que tales mercedes por su infinita bondad concede. Y otra causa me excusa el dejarlas en silencio y es que aquel modo con que Dios obra en el alma con tanta intimidad, dirigiéndola por la recta senda de su Santísima Ley, esto yo no sé explicar, porque lo hace Dios de manera que cuánto más obra, menos se entiende. En todo lo que he escrito, muchas veces me he visto muy confusa y llena de espanto recordando tales beneficios de Dios a un alma tan ingrata. Mil veces hubiere retrocedido de mi propósito si la fuerza de la obediencia no me hubiere obligado con todo su rigor. Y así espantada y confusa he

rogado mil veces al Señor dirigiera mi pluma y no permitiera por su bondad, dijera yo cosa que en sí no fuera, ni en lo más mínimo y que antes se pegare mi lengua al paladar, primero que faltar a la verdad. En estos temores, más de una vez me ha dicho Nuestro Señor que bien podía escribir como quisiera, que en nada faltaría a la verdad, y que sin comparación podía decir mucho más de lo que diría.

## RELACIÓN SEGUNDA

- 85 Desde que empecé a servir a mi Dios y Señor, siempre y en todo ha sido y es mi consejero y maestro. Y jamás descuida de mí hasta en las cosas más menudas y caseras. Y me dice cómo me tengo de haber con ciertas personas, y qué cosas les tengo que decir, y el tiempo y lugar de decirlas.
- 86 Antes de entender yo con esta Santa obra de la Orden, me sucedió una temporada que andaba con gran fatiga por parecerme que no hacía nada en el servicio de Dios, y que tenía gran cuidado de mi cuerpo; que antes lo tenía muy aborrecido, y me enfurecía mucho contra él, porque es muy malo; y muchas veces lloro amargamente por verme tan amiga de éste mi cruel enemigo, que en capa de necesidad, porque la obediencia lo manda, atiendo mucho a regalo, y quiera Dios no le dé más de lo necesario, que es lo que me acongoja.
- 87 Andando pues en esta ocasión, como he dicho, llena de fatiga, y temores por el demasiado cuidado de mi cuerpo, se dignó Su Majestad consolarme dándome a entender que así Él lo quería, por ser de algún provecho mi vida en estos tiempos, para gloria de Su Divina Majestad. Este aviso del Señor, que era de algún consuelo para mí, me puso con gran confusión porque estaba yo tan lejos de pensar que mi vida fuese de provecho, que hasta me tenía por indigna de la misma vida. Y esto no por humildad, como Santa Catalina de Siena y otras, sino por la multitud de mis pecados, y como por otra parte era cosa de menos mortificación lo que me pedía el Señor, me hacía sospechar si era cosa del mal espíritu; y así muy pronto consulté con mi confesor, y me dijo que de la misma manera pensaba él, y que no dudare era como me lo había manifestado Nuestro Señor. No se crea quien esto leyera que haya tenido mi cuerpo muy aborrecido, que demasiado he cuidado de él.
- 88 Una vez estaba algo pesarosa pensando cómo sostendría la casa con tanta gente, pues me vinieron nueve jóvenes a la vez para vestir el santo hábito, y tan pobres que no me trajeron ni una peseta, y de ropas tan miserables que algunas o las más, con pena podían mudarse; y por otra parte conocí bien pronto que entre todas, sólo había dos laboriosas y las demás amigas de todo regalo y descanso. Esto era la causa de mi desconsuelo, más que la pobreza; porque pobres las quiero yo, pero laboriosas. Por otra parte estaba tan desazonada aquellos días por haberme presentado un recibo que decía había de pagar 250 \$ de alquileres de la casa que habíamos vivido hasta entonces, y de la que empezábamos a vivir (que ésta aunque se había comprado para monasterio, se había de pagar alquiler hasta hacerse la escritura); y esto era por descuido del que cuidaba, que si se hubiera dado buena maña, nada de esto se hubiera de pagar, y por esto estaba yo tan disgustada. Y también traía disgusto porque hasta entonces me habían hecho creer que la casa corría a cuenta del Señor Arzobispo (deberían querer decir si nosotras no ganábamos). Yo creo que el demonio movía todos los resortes por si podría hacerme desconfiar de la Divina Providencia, pero por la gracia de Dios no le salió bien la traza.
- 89 Porque bien pronto me consoló Dios Nuestro Señor porque este modo guarda siempre Su Majestad que me hace probar primero lo sumo de la tribulación y cuando ya no hay quien me puede valer, entonces pone Su Divina Majestad su poderosa mano y en un momento cesa la tribulación porque tiene tal traza Nuestro Señor que cambia la pena en gozo.
- 90 Esta vez me sucedió que estando yo tan afligida por las cosas que he dicho, y otras muchas que me tenían bien desabrida, me dijo Nuestro Señor con grande cariño: «¿Por qué te afliges hija mía

pobrecita? ¿Cómo no te acuerdas que te tengo dicho que todo lo tengo yo para ti?» Entonces empecé a acordarme cuán bien cumple su palabra este gran Señor que todo lo puede, y que quien cuida tan bien cuatro hormiguillas que éramos entonces tiene poder para sustentar cuatro mil esposas tuyas, y todo el mundo entero como lo hace. ¡Oh qué consuelo y confianza dan estas palabras!

- 91 Otras muchas veces me ha dado Nuestro Señor la gracia de haberlo seguido con tanto desprendimiento de todas las cosas y tanta confianza en su Divina Providencia. Esto siempre lo hace Nuestro Señor con gran afecto de agradecimiento, y me dice con mucho amor. ¡Ah hija mía! si los hombres se desprendieran de sí, y sólo confiaran en mí, entonces conocerían lo que yo hago por ellos.
- 92 Estas palabras causan tal consuelo y confusión en el alma, que sólo quien alguna vez las haya oído podrá comprender. ¿Qué será a quien Dios Nuestro Señor tantas veces ha hecho esta merced, como a esta ingratisíma criatura? Yo confieso para gloria de Dios que ésta es la gracia que causa en mi alma más desasimiento, no sólo de todo lo de la tierra y de mí misma, sino hasta de mi propia alma, y causa en mí tanta humillación, esta humildad de mi Señor Jesucristo, que en estas ocasiones no sé qué decirle, y todo es avergonzarme y encogerme como que me quisiera esconder por no ver la Majestad de Dios tan humillada, dando gracias con tanto amor a la más ínfima de sus criaturas, por un pequeño servicio que, ayudada de su misma divina gracia le hace.- ¡Ah Señor!!!!, ¿qué diré para expresar lo que pasa en mi alma en estos momentos, que tales finezas de amor escribo? Una sola cosa sé decir, y es que, si los hombres conociéramos el agradecimiento del Corazón de Jesús a los beneficios recibidos, no habría ningún hombre ingrato a los beneficios de Dios. ¡Y yo no muero de pesar por mi ingratitud a vista de tanto agradecimiento en mi Señor Jesucristo!!!!
- 93 Ya que he dicho algo de lo mucho que agrada a Dios Nuestro Señor un corazón desinteresado, quiere y me manda este gran Rey de cielos y tierra que diga cómo me ha amparado, guiado y gobernado, desde que su mano poderosa me sacó del convento de Tarragona (que fue mi primer cielo) hasta conducirme a este nuevo mundo, ciudad de Santiago de Cuba; con tanta seguridad en medio de tantos y tan inminentes riesgos, que sólo vuestro poder infinito, oh Dios, pudo salvarme la vida.
- 94 Cuando Dios Nuestro Señor tenía determinado desde la eternidad, el que yo saliera del convento, dispuso Su Divina Majestad para mi mayor aflicción, que viniera el real permiso para la profesión, que hacía 15 años que estaba prohibido por el gobierno, y cerca diez que tenía yo de noviciado, esperando por momentos el día feliz de mi profesión. ¡Aquí fueron las apreturas!!!!!!
- 95 Estaba ya en esta sazón el Excelentísimo Señor Claret consagrado Obispo y a punto de embarcarse para su Diócesis. Como Dios Nuestro Señor me puso tanta certeza en las palabras que este Siervo de Dios me dijo cuando vino a hablar conmigo, como tengo dicho, de que no dudase que la Obra se haría, así que no podía yo quitarme de la memoria, de cómo podría ser esto, de profesar en aquel convento, si Dios quería que yo pasara adelante la Obra que Su Divina Majestad me tenía encargada.
- 96 En esto que mi confesor estaba sin saber qué determinación tomar por ser el caso de tanta importancia, se resolvió ir a hacer los ejercicios con dicho Excelentísimo Señor Claret (que estaba para empezar los últimos y despedirse de sus caros hermanos) y consultar el negocio; mientras tanto que en el convento ya se estaba preparando todo para la profesión: por fin vino mi confesor de esta entrevista, poco más o menos de como se fue; esto es sin ninguna decisión de este señor. Porque nada le pudo sacar sino que estaba ya madura la fruta, pero que todavía no estaba en sazón, y que él entretanto vería a ver cómo estaba este nuevo mundo y se había buena disposición.
- 97 Yo en esta respuesta nada me contenté, antes me quejé a mi confesor porque no le había obligado a responder un si profesaría o no, porque en esto sólo me habría quedado tranquila: pues que no

tenía ningún empeño en salir ni en quedarme; si bien la profesión me arrancaba el alma, pues que no sólo la había deseado con vivísimos deseos los diez años de noviciado, sino desde que tenía uso de razón; pero en cuanto me hubiera dicho este Santo que convenía para la gloria de Dios que saliera del convento (que era dividir mi alma) me habría conformado en la Divina Voluntad: porque desde que Dios Nuestro Señor me había hecho ver la santidad de aquella alma y los dones de gracia que Su Divina Majestad le había confiado, era grande la confianza que le tenía, que por su voz me parecía oía la de Dios. Pero no quiso Nuestro Señor darme este consuelo, antes quiso que bebiera el cáliz hasta la última gota.

- 98 Mientras tanto que yo y todas las novicias estábamos haciendo los santos ejercicios para la profesión vino este Excelentísimo Señor Claret a Barcelona para embarcarse, y mi confesor me mandó escribirle diciéndole el aprieto en que me encontraba, pues era preciso profesar o salir, y así que tuviera la bondad de contestarme a la brevedad que pedía el caso tan apretado y decirme si pasaría adelante la profesión o si la detendríamos, pues ya no faltaban más que doce días. Éste era el último paso que me quedaba para mi tranquilidad, pero Dios Nuestro Señor que nunca ha querido que pusiera mi confianza en los hombres, sino en su Providencia Divina, permitió que tampoco me contestara y se partiera de España dejándome en un mar de confusión, sin determinar nada.
- 99 Esta permisión de Dios puso en grande compromiso a mi Director, porque ya entonces todo cargaba sobre su determinación. Los días de los ejercicios se iban acabando; yo no me inclinaba ni en salir ni en quedarme, sólo me inclinaba en no inclinarme en nada; sino estar colgada de la Obediencia. Las noches las pasaba enteras al pie de Cristo Crucificado, o delante del Santísimo Sacramento rogando a Dios Nuestro Señor sin cesar no permitiera por su misericordia infinita se errara en este paso de tanta importancia; pero el Cielo se había vuelto de bronce y las continuas lágrimas no lo ablandaban.
- 100 Dios Nuestro Señor me quiso hacer probar en esta ocasión lo sumo de la aflicción. Rara vez pensaba en las promesas que Dios me había hecho, y si alguna vez me acordaba era para más tormento, porque luego me venían mis antiguas zozobras, de que todo lo que me decían los confesores que era espíritu de Dios, debería ser el espíritu malo para sacarme del convento, y después dejarme sin poder ser religiosa; esto era para mí el martirio más atroz, porque el amor que he tenido a la vida religiosa, no soy yo capaz de explicarlo. Y estos temores me los ponía más de punto el demonio por ver que los confesores y el buen Excelentísimo Claret que me había asegurado de la Obra, no se atrevían a determinar el caso.
- 101 Un Padre Dominicano, gran siervo de Dios, y de grandes letras y virtud llamado Reverendo Tomás Gatell, que era con quien trataba mi confesor el negocio, porque yo le había confiado muchas veces mi alma, y siempre me había dicho que yo no profesaría en aquel convento, ahora también temía determinar el caso, porque mi confesor lo había puesto en sus manos, fiando más de la mucha experiencia que tenía este Padre Maestro Gatell, que de sí mismo; y porque también era director de la otra compañera que quería salir conmigo. Este Padre se inclinaba en que era voluntad de Dios el dejar correr por entonces la profesión y salir del convento, pero las grandes dificultades que se presentaban lo espantaban tanto que no tenía ánimo para cargar con ellas. Él conocía el trastorno que tendría toda la comunidad, y no menos el Señor Arzobispo porque le constaba lo mucho que nos amaban unos y otros; y decía que íbamos a dar tal golpe de campana, que no sólo se oiría en toda la ciudad, sino de todo el Arzobispado.
- 102 A mí no se me daba nada todo esto, porque no me parecía tanto como él decía, porque habían salido otras novicias y nada de esto sucedió. Lo que yo sentía en el alma era que se iban acabando los días de ejercicios, y me hacían hacer las ropas y todo lo necesario para la profesión, para que la Madre Priora no entendiera nada, y me tenían a mí con la incertidumbre de si me harían profesar o me harían salir. ¡Bendito sea Dios en sus eternas disposiciones que tales cosas permite para probar la fidelidad de sus siervos!



- 103 Yo todo era llorar; y rogar día y noche a Dios y a María Santísima que se dignaran iluminarles a fin de que saliéramos de una vez del apuro. ¿Qué dirán, decía yo, en mi casa de hacerles gastar sin provecho, si no profeso? ¿Y qué dirá la Madre Priora, sino que todo es ficción y mentira? ¿Cómo le pago las finezas con tanta ingratitud? Tantas pruebas de amor, especialmente en estos últimos días, que rebosaba de contento (por verme ya profesa como ella decía, por los grandes deseos que de ello tenía que yo no sé por qué me amaba tanto). Cada expresión de cariño que me hacía era para mí un dardo que penetraba mi alma por la pena que después le habría de causar mi separación, porque a mí ya me daba gracia Nuestro Señor para todo sacrificio. Y así decíale a Dios: «esto Señor me hace multiplicar mis lágrimas e importunaros con mis ruegos».
- 104 Un caso sucedió en estos últimos días que prueba cómo Dios refinaba estos dos corazones con la hiel de la amargura: el suyo por la aflicción que había de sentir en mi salida por el amor y confianza que me hacía sin yo merecerlo, como lo prueba el mismo caso que voy a referir y yo padecía terribilísimamente por ser causa de su dolor.
- 105 Y fue el caso que me llamó un día de éstos esta buena Madre, y hecha un mar de lágrimas me dijo cómo una novicia, nombrándomela, quería salirle del convento por una fuerte tentación que tenía, sin querer hacer caso de los avisos del confesor ni suyos, y que la tomara yo de mi cuenta, pues ella me hacía mucho caso, tal vez con la gracia de Dios se convencerá como alguna otra vez ha hecho si usted le hace alguna reflexión, y así suavizará usted el sinsabor que me causa al ver que después de tantos años de una profesión tan esperada, no podía asegurarse de naturales tan inconstantes; y así por Dios, hija mía, me dijo, encomiéndemela a Dios a fin de que por su capricho no nos amargue la fiesta. ¡Oh Señor y Dios mío, a cuán dura prueba pusisteis mi corazón en esta ocasión! Amaba yo a esta buena Madre como a la niñeta de mis ojos, pues tantas pruebas de verdadero amor me había dado por el espacio de cerca de diez años que vivía bajo su maternal cuidado y amable compañía. Éste era el golpe más fuerte que yo más temía, si determinaban mi salida. Pero lo que sentí yo en esta ocasión no es posible de explicar. Sentí tal pena al oír las expresiones de confianza y de dolor con que se consolaba esta mi Madre con quien le había de dar el golpe más fatal que se podía imaginar, si perdía la hija que ella más amaba.
- Aunque yo no sabía lo que determinarían siempre me inclinaba a que saldría; así que me dio un temblor todo el cuerpo, que fue preciso recostarme como que me descansaba un poco, por no poder tenerme en pie. Ni sé qué le contesté; ni sé cómo ella no advirtió lo que pasaba en mí, y me parecía que con la cara me había de conocer la pena que le encubría, y me daba gran pesar el ocultárselo; pero mis confesores así lo juzgaban más prudente por muchas causas. Así que nada atinó, y todo lo que veía en mí aquellos días le parecía fervor de los santos ejercicios que ya estábamos a la cuarta semana; y así trató de animarme y me dijo: Buen ánimo, hija mía, que no faltan más que 6 días para llegar al fin deseado y dar cumplimiento perfecto a sus deseos, y ya no tendrá más que desear.
- 106 Esta seguridad que ella se prometía, por mi modo de proceder en la religión, era una pena intolerable para la que tan poca tenía. En fin, me fui a la celda como pude, que no fue menester poca gracia de Dios para animarme. Aquí empecé a dar quejas a Nuestro Señor y decíale: «¿Hasta cuándo, Señor y Dios mío, hasta cuándo aguardáis a poner fin a mis lágrimas? Bien veo, Señor mío, que por mis grandes pecados no soy digna de ver vuestra Divina luz, ni vivir en vuestra Casa, pero Señor mío y Padre mío, manifestadla siquiera a vuestros Ministros intérpretes de vuestra Voluntad, para que acierten ellos a dirigir mis pasos según Vuestro Divino Querer. Decidme Señor, qué es lo que debo hacer en lance tan apretado; no os hagáis Señor mío más sordo a mis lágrimas. Tiempo es ya que manifestéis Vuestra Santísima Voluntad. Nueve años que estoy aguardando vuestros divinos designios, ya no puedo esperar más. No permitáis oh Dios mío, que por mis ingratitudes pierda la felicidad que tengo a la mano y vaya a ser una infeliz sin remedio. Dividir mi corazón es el dejar madres y hermanas tan queridas pero arrancar mi alma, será arrancarme de Vuestra Santa Casa, Señor. Pero Redentor mío, con tal que salvéis mi alma,

salvadla por los medios que Vos queráis aunque sea padeciendo martirio toda mi vida, cual será si tengo de vivir en el siglo. El amor a la clausura me hacía una fuerza invencible, pero el amor a Vuestra Santísima Voluntad Señor, me rinde a todo sacrificio. Justo sois Señor, y la misma equidad y justicia, y si mis pecados en Vuestra Santa Casa merecen este castigo, cúmplase Señor, Vuestra Divina Voluntad.

- 107 Estas quejas sufrió Nuestro Señor de esta ingrata criatura complaciéndose en agotar el cáliz, pero sin acabar la hiel, porque como en tantas ocasiones me habría de valer Él sólo, tanto en el mar como en la tierra, quiso hacer antes prueba de la confianza que yo tenía en su Providencia Divina y así quiso que saliera sin más esperanza que esperar contra toda esperanza en su Providencia infinita, y su gran bondad, cierta que guiaría mis pasos hasta el fin deseado de mi eterna felicidad.
- 108 Y así determinaron mi salida del convento el Padre Maestro Gatell Dominico, y el Ilustrísimo Señor Doctor Don José Caixal, Obispo de Urgel ahora, y entonces Canónigo de la Santa Iglesia Catedral de Tarragona.
- 109 Salí con mi compañera el 28 de enero de 1851 (hoy mismo que escribo estos apuntes cumpla 6 años). ¡Quién me hubiera dicho la multitud de cosas que he pasado!) sin saber en donde iríamos a parar, ni lo que de mí se haría, ni siquiera sabían en qué casa posaríamos por de pronto. (Tal abandonó quiso de mí Nuestro Señor en su providencia en esta ocasión). Porque de principio dije a mi confesor que en caso de determinar mi salida, de ninguna manera quería ir a mi casa, pues ya no la contaba por mía desde que salí de ella para entrar en el convento, Casa de mi Padre Celestial.
- 110 A mi compañera le daba mucha fatiga el ver el desamparo con que me trataba Dios en este negocio, y estaba espantada de ver cómo yo me lanzaba en manos de la Divina Providencia; y todo era decir: ¿quién sabe en dónde iremos a parar? ¿En qué casa nos colocarán? A mí me daba compasión al verla con tantas congojas, porque yo por esta parte nada padecía, pues ya estaba yo acostumbrada a estas trazas de Dios, porque así me ha llevado toda mi vida.
- 111 En queriéndome conceder una gracia, siempre me humilla mucho, unas veces por parte de los hombres, otras con grandes tentaciones, otras poniéndome delante mis grandes pecados; y otras con grandes desamparos, hasta dejar mi alma tan sola, y lo siento realmente, como que estuviera en un desierto el más internado, sin ver ni oír persona humana, ni sentir consuelo humano ni divino, sino lo sumo de la tribulación; que no parece otra cosa si no que quiere Dios que por lo extremo del dolor entienda la grandeza de su amor. Porque nunca me ha faltado su santísima gracia, y ésta siempre ha alegrado mi alma según la multitud de mis aflicciones.
- 112 Así sucedió en esta ocasión que andaban muy apurados los que corrían el negocio sin saber en dónde colocarnos, por la precipitación con que se ejecutó nuestra salida, porque tan pronto como se comunicó a la M. Piora y al Arzobispo la determinación de salir del convento, hubo tal trastorno y alboroto que a pocas horas se supo por toda la ciudad, y tanto el Arzobispo como todos los más granados, echaban toda la culpa a los pobres confesores (después que con tantas congojas y más horas de oración habían deliberado el caso delante de Dios).
- 113 Así que viendo tanto trastorno, ya en la comunidad, ya en las familias determinaron trasladarnos a un pueblecito cerca de la ciudad, pero a mí me hizo tanta impresión, que determinadamente les dije que yo no cometía ningún crimen en salir del convento, ni en no querer ir a mi casa, y así que no quería moverme de Tarragona; y en este momento me inspiró Dios que fuese a pedir a un señor muy amigo nuestro que allí estaríamos muy bien.
- 114 Era este señor párroco de la Catedral, sujeto de mucha recomendación por sus virtudes, y estaba este señor muy agradecido de mí porque le tenía una hermana en la clase que yo enseñaba, a la cual yo educaba con mucho esmero. Así que no fue menester más que una pequeña insinuación, para darnos el mejor lugar en su casa, no habiéndole pedido más que un rinconcito, el más ínfimo de ella. En esta casa estuvimos un año y quince días, que fue todo el tiempo que estuvimos fuera

del convento hasta embarcarnos para ésta de Santiago de Cuba.

- 115 Escogí de la casa una habitación que había en un todo separada de la familia, en lo más retirado de la casa. Me costó un poco de lograrlo porque decían que era muy incómoda, por ser en extremo caliente en el verano, y fría en el invierno, y en realidad era así; pero como yo deseaba tanto la quietud, y ya había dejado la anchura y comodidades del convento, poco se me daba que fuese ancha ni estrecha la habitación, lo que yo deseaba por entonces era vivir separada de todo trato y comunicación con la gente, y así lo logré tan perfectamente que vivimos con mi compañera todo aquel tiempo, más vida de ángel que de criatura terrena.
- 116 Entonces no acababa ella de maravillarse viendo la posada que Dios nos tenía deparada tan a nuestro gusto, que aunque nosotras hubiéramos buscado un año entero, no podía ser más a nuestro propósito. Y entonces decía esta mi compañera (que era criatura muy buena y que Dios le había llevado siempre por camino de regalo) ¡Cuán bueno es lanzarse en manos de la Divina Providencia! ¿Pero cómo Nuestro Señor nos escondía este consuelo que nos tenía deparado? Y en realidad que esto de la vocación a la vida religiosa, nadie puede comprender lo que es, sino aquél a quien Nuestro Señor le ha hecho esta gracia, así que una religiosa fuera de su amada clausura, es lo que un pez fuera del mar. Y por tanto el mejor consuelo que le pueden dar, el vivir separada de todo trato con las criaturas. Y esta gracia nos hizo Dios por el amor que yo tenía a la santa clausura, y por haberla sacrificado en obsequio a la Divina Voluntad.
- 117 Luego, después de haber salido del convento, me mandó el confesor escribir al Ilustrísimo Señor Claret, diciéndole cómo los dos confesores, después de largas oraciones y muy madura deliberación, determinaron mi salida del convento antes de profesar, para evitar mayores inconvenientes como se ofrecerían después si se pasare adelante en la profesión. Porque si ahora siendo novicia ha habido tanto trastorno, ¿qué sería si fuera profesora? Es cierto que ni la comunidad ni el Arzobispo nunca consentirían el permiso para mi salida. Y así que estaba libre para hacer cuanto a Su Excelencia Ilustrísima le pareciera conveniente para la mayor gloria de Dios.
- 118 Mientras estuvimos esperando la contestación de esta carta, se presentaron algunas jóvenes con ánimo de seguirme en dondequiera que fuera, porque se creían que me iría en algún lugar de mucha penitencia. Unas venían movidas de su fervor, y otras instigadas de sus confesores, por ver según la respuesta que yo les diera, si podrían rastrear cuales eran mis intentos, pero se quedaban con las ganas; porque mi secreto era para mí. Sólo admití tres; dos primas mías y una sobrina del Ilustrísimo Señor Caixal, y éstas porque estaba yo bien segura de su buen espíritu.
- 119 Toda la ciudad hablaba de mi salida del convento, y no es ponderación decir toda la ciudad, porque por razón de haber sido maestra de clases todo el tiempo que estuve en el convento, y mi casa muy conocida en la ciudad (por el pueblo bajo), así que todos estaban de espectación por ver en qué pararía el negocio; porque nadie sabía el objeto de mi salida, y todos lo extrañaban en gran manera, mayormente que nadie se creyó que mi salida fuese para quedarme en el mundo. Así que al ver que se pasaba tanto tiempo y estábamos nosotras con tanta quietud y tranquilidad en aquel rincón de casa, todo les movía más a la curiosidad; y cierto era para divertir ver personas tan graves ocupadas con tanto empeño de dos hormiguillas; porque empezando desde el Arzobispo hasta el más ínfimo, todos hablaban de lo mismo.
- 120 Unos nos hacían monjas de la Trapa, y que estábamos esperando una buena proporción para ello. Otros nos hacían fundadoras de que sé yo qué Orden, y otros nos mandaban a Francia o a Italia; y así cada uno quería acertar en sus desconciertos, y ninguno atinaba al blanco.
- 121 Día de la Asunción de María Santísima. Reuní las jóvenes que había admitido por compañeras, como dejo referido, y comulgamos todas con gran devoción y ternura, ofreciéndonos a Dios con voto de atravesar los mares e ir a cualquier parte del mundo sin hacer división entre nosotras, ni apartarnos en ninguna cosa del parecer de nuestro Superior. Y como entonces yo no tenía otro

Superior que mi confesor hicimos el voto a Nuestro Señor después de comulgar, con la intención de ratificarlo a la tarde del mismo día en manos o en presencia del Ilustrísimo Señor D. D. José Caixal, que éste era mi confesor y también de las demás, así como lo prometimos a la mañana lo cumplimos a la tarde en presencia de dicho Ilustrísimo Señor y después de haber hecho el voto y ofreciéndonos a padecer cualquier trabajo por amor de Nuestro Señor Jesucristo, nos hizo este Ilustrísimo Señor una plática tan fervorosa y nos dijo tales cosas, que muy buen provecho nos han hecho en tantas tribulaciones como se nos han ofrecido como se verá (aunque no más que por sombra) en este compendio que escribo por orden de Obediencia.

- 122 Cuando en mis angustias me acordaba de tales cosas, muchas veces pensaba en las instrucciones que dio Nuestro Señor Jesucristo a sus queridos Apóstoles antes de partirse de este mundo, para que no desmayasen cuando se les ofrecieren tantas tribulaciones durante el tiempo de su misión.
- 123 Este voto lo hice yo, y lo propuse con tanta forma a las jóvenes que se ofrecieron seguirme, por dos fines: el primero y principal fue el asegurar la vocación de estas jóvenes por medio de la Santa Obediencia como fue el obligarnos a no apartarnos un punto de la voluntad de nuestros superiores, porque sé cuán agradables son a Dios las obras que proceden de esta santa virtud, y que sólo en ella podía estribar obra tan superior a mis débiles fuerzas. El otro fin fue el asegurarles que yo nunca las abandonaré, como consta de aquella palabra que dice: «sin hacer división entre nosotras».
- 124 Esta promesa les daba mucho ánimo y todo era menester, porque les decían tales cosas, que a no ser escogidas por la mano de Dios habrían desistido muchas veces. Sobre todo me daban compasión sus pobres padres que con tanto dolor hacían el sacrificio de darles el permiso para atravesar esos mares, sin esperanza de verlas jamás, expuestas a tantos y tan grandes peligros como ofrece una navegación tan larga, especialmente en mujeres tan jóvenes, sin otra custodia que nuestro Santo Ángel Custodio y sin otro amparo que el Divino Amparador. ¡Ah!!!! cuantas cosas se me ofrecen aquí para explicar las grandes, ¡las nunca bastante ponderadas maravillas de Dios!!!!!!
- 125 En muchos lugares se me ofrecerá hablar de los prodigios de la gracia; aquí sólo digo que el prodigio más grande que yo veo en nuestra Santa Obra, es que los padres den el permiso a sus hijas para esta navegación, mayormente siendo padres tan cristianos como son (por la gracia de Dios) los de las que han venido hasta aquí. ¡Cuán cierto es que nadie puede resistir o hacer fuerza a la Voluntad de Dios! Es cierto que este Señor Omnipotente tiene todos los corazones en sus manos y los mueve cómo y cuando quiere. Porque a no ser estas criaturas escogidas por la mano poderosa de Dios, imposible sería que sus mismos padres las entregasen como ovejas en manos de lobos, como comúnmente tiene nombre toda tripulación, por ser gente comúnmente viciosa por su poca religión. Y esto no lo duden los padres, antes piensan más mal de lo que comúnmente sucede.
- 126 Después de algunos meses de haber escrito la carta que dejo referida al Excelentísimo Señor Claret, se dignó este Excelentísimo Señor contestar a dicha carta diciendo que ya podíamos ir que seríamos muy bien recibidas; que aunque por de pronto él no podía fundarnos monasterio, pero que trabajando podríamos comer; y que él nos prometía toda su protección, cierto de que cuanto hiciéramos sería del agrado de Dios.
- 127 Y así que nos embarcáramos lo más pronto, creo decía en octubre del mismo año, con la «Teresa Cubana», que el capitán era de toda su confianza y nos llevaría con mucho recaudo. Esta carta la recibí yo como un llamamiento expreso de Dios, porque como Su Divina Majestad me había asegurado que este Santo Varón me daría la mano para fundar la primera casa de la Orden, así no dudé un punto era este Nuevo Mundo, el punto en donde tenía determinado Dios Nuestro Señor dar principio a su Obra. Y por más dificultades que presentaba un viaje tan espantoso para una mujer nada me arredró, fiada siempre con la gracia de Dios que todo lo puede, y todo está sujeto a su poder infinito, tanto el mar como la tierra. Esta carta calmó las zozobras con que me había

martirizado todo el infierno, desde que salí de mi estimada clausura hasta entonces, porque como tardó tanto este buen Siervo de Dios en contestar, pensaba: ¿Quién sabe si Dios habrá permitido que se haya errado este paso en castigo de mis pecados? Así que disipadas todas las dudas y certificada de la Divina Voluntad, ya no pensé más que en idear para el largo viaje.

- 128 Viendo que la fragata llamada Teresa Cubana no aparecía, y ya pasaba el tiempo que había señalado el Excelentísimo Señor Claret, para la embarcación, trató el Reverendo Naudó con el dueño de los buques Teresa y Rosalía, que podríamos embarcarnos con «Rosalía» que iba a salir muy pronto; que no iríamos con menos seguridad que con la Teresa, pues el Capitán era sujeto de toda recomendación y confianza; que el tiempo se iba adelantando y no convenía de ningún modo llegar a este clima en el verano, por los rigores del calor.
- 129 A pesar de tan buenas razones tenía yo dificultad en embarcarnos con «Rosalía» porque el Excelentísimo Señor Claret había dicho que fuera con la «Teresa» y no quería apartarme ni una tilde de su disposición. Mientras estábamos esperando el último día por ver si llegaba la Teresa, se nos ofreció acompañarnos un sacerdote de mucha virtud, si queríamos pasar con «Rosalía». Con este motivo me dijeron los que entonces me gobernaban que bien podríamos aceptar tan buen ofrecimiento sin miedo de apartarnos ni en lo más mínimo de la voluntad de Su Excelencia Ilustrísima, antes era más honroso el andar bajo la sombra de un sacerdote.
- 130 Pero Dios Nuestro Señor que quería toda la honra para sí, y ser todo mi apoyo, hasta en lo más mínimo, dispuso que después de arregladas todas las cosas, sacadas las licencias del clérigo, que el Arzobispo se las dio con mucho gusto, a los cuatro días antes de marchar, llegaron los parientes de este buen sacerdote, al saber su resolución, y se enfurecieron tanto que parecían se lo querían comer. Y le dijeron tantas cosas, y tantos horrores del mar, que el pobre espantado se desdijo de su voluntario ofrecimiento. Y tuvo tanta vergüenza que no sabía cómo decírmelo.
- 131 Mas como Nuestro Señor me había dado a mí más resolución que a él, de ningún estorbo sirvió, antes conociendo que todo era trampa del demonio para impedir el viaje, puse toda mi confianza en Dios segura y cierta que andaría siempre bajo de su sombra; y con buen guardador nadie podría ofenderme. Y así salimos de Tarragona para Barcelona, el mismo día que teníamos señalado, que fue el 12 de febrero del año 1852. Di el último adiós a mi cara Patria pasando por delante la casa de mis estimados padres a las tres de la madrugada: me paré un poco pensando en la alegría que tendría toda la familia si les daba el último abrazo; pero como tenía mis brazos ofrecidos a la Cruz de mi Señor Jesucristo, y mi corazón bien desprendido de todo lo que es carne y sangre, no tuve en nada el pasar en silencio sin decirles adiós.
- 132 El día 22 de febrero del mismo año nos embarcamos, mi compañera y yo, con las tres jóvenes que dejé referidas en otro lugar, en el Puerto de Barcelona para ésta de Santiago de Cuba. Antes de pasar adelante el viaje, no quiero dejar en silencio otro enredo que armó el demonio para impedirlo. Esto me dio más que entender que el de Tarragona con el buen clérigo.
- 133 Fue el caso que tres días antes de embarcarnos, fuimos a ver el buque por instancias de su dueño, que quería complacernos tanto, hasta poner los camarotes a mi gusto, especialmente los que nosotras nos habíamos de servir. En esta entrevista conocí al Capitán, me pareció un sujeto de buena recomendación, y tratamos junto con el amo del buque cómo no vendría ningún pasajero de popa, y que estaríamos solas en la cámara. Cuando he aquí que a la vigilia del día que nos habíamos de embarcar, me viene una noticia de cómo se había cambiado el Capitán del buque y toda la tripulación, por un fraude que se les había descubierto, de que estaba convenido el Capitán con un joven de introducirlo a la cámara a escondidas del amo del buque.
- 134 En esto sí me alarmé mucho y me llevé muy mal rato, y aunque conocí que el demonio hacía el último esfuerzo para impedir la embarcación, pues no podía tramar cosa más espantosa que el mal viso que tenía esta noticia, con todo traté de averiguar la verdad del caso, y aunque me fue muy incómodo por ser ya de noche y no había más tiempo porque nos habíamos de embarcar a la

mañana siguiente, con todo, quise ir por mí misma a informarme con el amo del buque, para que me dijera la verdad de lo que pasaba; y aunque fue verdad que se mudó el Capitán y toda la tripulación, pero no fue por lo que habían dicho. Y así que por la relación que me hizo este buen señor, conocí que los medios de que se valía el infierno para aterrarme, eran disposiciones que Dios tomaba para defenderme. Porque Dios Nuestro Señor que sabía lo largo y prolongado que había de ser este viaje y las mortales ocurrencias que habríamos de sufrir, previno los sujetos que lo habían de sobrellevar de una paciencia y resignación nunca vista que el otro capitán y demás no tenían tanta.

135 Y así armada de confianza con mi Dios, y cierta que sólo Él podía guardarme a mí y a todas las que me había confiado, de tantos y tan inminentes peligros como presentaba un viaje tan espantoso para mujeres (y que quizá nunca se ha visto con iguales circunstancias) dije dentro de mí misma: El Señor es el defensor de mi vida ¿podrán los más graves peligros amedrentarte? Injuria sería esto al cuidado paternal que tiene Dios de sus hijos, que los lleva a la palma de sus manos. Con esta firmísima confianza nos embarcamos, más cierta y más segura que si fuera acompañada de la más fiel escolta. Y ¿qué más fiel escolta que andar bajo la custodia de los Ángeles a quienes Dios ha mandado que te guarden tanto en el mar como en la tierra? Así hablaba la gracia dentro de mí. Esta confianza puso Dios en mi corazón desde que empecé a servirle, y siempre he tenido continuamente delante de mis ojos al Señor, persuadidísima de que está siempre a mi lado para sostenerme.

136 En esta ocasión que me era tan necesaria esta esperanza, la avivó tanto Nuestro Señor en mi alma que redundaba en el cuerpo, y los que me rodeaban en aquellos últimos días estaban admirados de ver el reposo con que obraba en todas las cosas, indicio cierto de la tranquilidad que disfrutaba mi alma, en ocasión que todo era motivo de turbación y espanto. Pero para los que tienen la fe muerta, y más esperan en los hombres que nada pueden, que en Dios que con un acto de su voluntad gobierna y sustenta todo el mundo. Y ni la tierra ni el mar con todos sus elementos jamás traspasarán sus límites sin la divina ordenación.

137 En esta confianza se afirmaron mi compañera y las tres jóvenes, que fueron la admiración de cuantos había en el buque al tiempo de despedirse los padres. Éstos traspasados de dolor por la pena de dejarlas, no podían esconder las lágrimas, y ellas con la alegre modestia que presentaba la risa en los labios más bien que las lágrimas a los ojos, les dimos el último adiós. No faltó quien dijo que entregaban cinco palomas en manos de lobos carniceros. Mas, ¡oh poder infinito de Dios! en cuyas manos están los corazones de todos los hombres y los vuelves de lobos carniceros en mansísimos corderos.

138 Daba horror a cuantos lo sabían un viaje tan largo para 5 jóvenes en manos de hombres tan desconocidos, que ni siquiera nos habíamos avistado con este nuevo Capitán, por razón del cambio tan repentino que hubo el día antes de embarcarnos, como dejo referido, ni yo sabía si éste aprobaría el trato que habíamos tenido con el otro.

Bendito sea para siempre Dios Nuestro Señor en todas las cosas, que en todo permitía al demonio fuese a desconcertar todas las cosas, para que después se diese más gloria a Su Divina Majestad.

139 Anduvimos tan guardadas bajo la custodia de éste (no sé si diga hombre o ángel) a este buen Capitán, pero mejor diré bajo el cuidado de mi Padre Celestial, que me había prometido tantas veces que estaría conmigo en todas las cosas. Así estaba tan conmigo este Divino Señor que por su infinita gracia causaba un tal respeto a toda la tripulación desde el primer día hasta el último, que siempre nos trataron con tal veneración que más parecía que llevaban en custodia cuerpos santos que criaturas de carne. Fue tanta la veneración y respeto que tuvieron, que les hacía andar siempre y en todo compuestos y ordenados en todo, tanto en palabras como en acciones tanto que puedo asegurar no haberles visto ni oído, ya no digo palabras malas, sino ni la más mínima descompostura. ¿Quién no admira aquí el poder infinito de la mano de Dios?

- 140 ¡Oh Señor y Dios mío, cómo Vos sois el Padre más amante y el amigo más fiel! Todos nos dejaron en manos de gente desconocida y no hubo uno que tuviera espíritu para acompañarnos, y Vos Padre mío amantísimo nos llevasteis a la palma de vuestra santísima mano. ¡Oh quién diese voces por todo el mundo, para decir cuán fiel sois a vuestros amigos, pues lo habéis sido a quien tan enemiga vuestra ha sido, y ojalá no lo fuera después de haber recibido tantas finezas de amor!
- 141 Desde el primer día que empezó a aflojar el mareo a mis compañeras (que a mí me duro todo el viaje tan horroroso que se temían me iba a morir) ordené todas las horas de los ejercicios espirituales, de oración, lectura y exámenes y rezo, etc. Rezábamos el Santísimo Rosario nosotras abajo, y la tripulación respondía desde arriba con mucha devoción y no pocas veces con lágrimas de ternura, especialmente al canto del Santo Dios que yo lo hacía con tanto fervor como que me arrebatava.
- 142 Teníamos ya 19 días de viaje, que los pasamos felicísimos. Más no pudiendo el infierno resistir por más tiempo tanta armonía entre gente de su naturaleza tan desordenada, trató cómo destruir aquel nuevo monasterio ambulante que la poderosa mano de Dios había formado en medio de aquel inmenso mar de aguas.
- 143 Un día vi por divina disposición que en el infierno se movía grande algazara y andaban los demonios muy furiosos; ya salían del infierno, ya volvían a entrar, todos gritaban, pero yo no entendía lo que decían, sólo vi que estaban muy furiosos, y bramaban como toros furibundos. En esto vi que una gran multitud venía a embestirme, y unos me agarraban la cabeza y me la apretaron con grandísima rabia y furor, y cogiéndola unos por aquí y otros por allá, como quien juega a la pelota, me la apretaban fuertemente, causándome intensísimo dolor (éste es el martirio más cruel, en cuanto males del cuerpo, que me hacen padecer los demonios).
- 144 Después de atormentarme según el permiso que Dios les dio, se desparramaron por el rededor del buque, haciendo ademanes de quererlo tumbar, pero como Dios no les había dado poder para perdernos, sino para molestarnos, nada pudieron con todos sus esfuerzos; sólo permitió Su Divina Majestad para hacer prueba de mi confianza, una abertura al buque de 7 palmos en largo, y creo medio dedo en ancho. Abertura que fue la admiración de cuantos reconocieron el buque al tiempo de componerlo, por haberle encontrado dos pececitos por la cual se habían introducido, y se mantenían vivos bien grandecitos. Los esfuerzos de los demonios contra el buque duraron tres días con sus noches, y la noche última de la batalla fue tan furiosa, que al ver la furia del infierno me tenía horrorizada y toda la noche la pasé sin poder pegar ojo.
- 145 Veía la gran necesidad que teníamos de rogar a Dios sin cesar, y por otra parte no me atrevía a despertar mi compañera y demás por no ponerles miedo, y todas dormían con un sueño muy reposado, y así me pasé toda la noche rogando a Dios en quien tenía puesta toda mi confianza y decíale que no nos dejara perecer, a lo menos por amor de aquellas criaturas que Su Majestad me había encomendado; y ellas por su amor, con tan buena voluntad se habían ofrecido a pasar por los horrores de un mar tempestuoso. Toda la noche pasé en esta oración, temiendo de un momento a otro un grande estrago en el buque. Mas, ¡Oh poder infinito de Dios! ¿Quién puede dudar que Dios está en vela sobre sus criaturas?
- 146 Cuando ya estaba el buque tan lleno de agua que entraba por la abertura que dejo referida, y ya humanamente no podía sostener más, sino que era preciso hundirse, entonces va al dispensero, en Santa Bárbara, a buscar azúcar movido por una fuerza interior; como él mismo confesó, porque ni tenía necesidad de aquel azúcar, ni en tal hora (eran las 4 de la mañana) nunca iban en tal lugar. Mas Dios Nuestro Señor que se tomó tan en cuenta esta navegación, quiso avisar el peligro cuando no había ya remedio humano, para que fuese más manifiesto el prodigio, y así que entró el dispensero en Santa Bárbara, se encontró en una balsa de agua inmensa, pues había entrado tanta que ya llegaba a siete palmos en alto de un hombre.
- 147 El mortal desmayo que cayó sobre toda la tripulación en esta ocasión, se veía escrito en la palidez

de sus semblantes, y el pasmo les tenía en un profundísimo silencio.

- 148 Lo primero que hicieron fue arreglar la lancha por ver si con ella nos podríamos salvar abandonando «Rosalía», y en seguida echar parte del cargo al mar, para descargar en cuanto se pudo el buque; y en seguida poner dos bombas, que por 29 días seguidos con sus noches, sin parar un momento, remudándose los hombres sacaban 60 cubos de agua por hora.
- 149 Cuando se hizo día claro, que ya no podían disimularnos la novedad, bajó el Capitán a avisarnos del peligro traspasado de dolor, sin poder contener las lágrimas. Yo que había estado en vela toda la noche, recelando el peligro mientras él dormía, y había visto lo que pasaba, traté de consolarlo y le dije que tuviese mucha confianza en Dios y María Santísima y no tuviera miedo, que habiéndonos avisado Dios del peligro, era señal cierta de que no nos quería perder; que por esto que él veía que no había remedio humano, lo habíamos de esperar todo del cielo; que no dudara que Dios y María Santísima nos sacarían en bien. Creo le fue de mucho consuelo esta esperanza, porque cuando estaba su corazón combatido de los temores de la muerte tan cercana, como se creían, bajaba algún rato a consolarse conmigo.
- 150 En esta ocasión padecí muchas congojas en el alma, porque aquello de ver siempre las furias del infierno, y oír los rabiosos gritos de los demonios por el rededor del buque me tenía horrorizada, y los malos tratamientos que Dios les permitía a mi cuerpo me tenían tan rendida a la litera, que no me podía menear. Viendo que no desistía el infierno de sus perversos intentos, antes con más rabioso furor procuraba por todas partes perdernos, traté yo de pertrecharnos más y más con el escudo inexpugnable de la santa oración. Entonces que ya todas veían el peligro, dije a mis compañeras que era gran el empeño que tenía el infierno en perdernos, y así que hiciesen oración a Dios Nuestro Señor a fin de que se dignase Su Majestad manifestar qué cosa sería más de su agrado para librarnos de tan inminente peligro. A todas manifestó lo mismo, y fue la continua oración rezando cada hora día y noche el Santísimo Rosario a María Santísima, y hacer los actos de fe, esperanza y caridad en conclusión de cada hora. Empecé yo la oración con el Santísimo Rosario y revivió en mí la esperanza, que por ver la rabia de todo el infierno, parecía que el temor natural quería amilanar el espíritu: era tanta la necesidad que sentía de esta oración, que a la noche no me fiaba de las hermanas (que todas la hacían más fervorosas que yo) sino que toda la pasaba en vela, sólo descansaba algún rato con mi compañera, que ésta era más fervorosa que yo.
- 151 29 días duró la lucha con la muerte a los dientes, como se dice, buscando un puerto de refugio con tan encontrados y fatales accidentes, que a cada momento paría íbamos a perecer; especialmente en el Puerto de Santa Cruz de Tenerife, que fue el primero que fondeamos, pensando desembarcar, y por tanto contándonos ya salvos. Y a las 24 horas de estar fondeados se levantó de repente una tan deshecha tempestad, que nos echó del puerto con grandísimo peligro de estrellarse el buque contra las rocas. En este puerto me enseñó Dios Nuestro Señor por la práctica, el cuidado paternal que tiene de sus criaturas.
- 152 Había hecho yo muchos actos de abandono y ofrecimiento en brazos de la Divina Providencia, en medio de tantos peligros, cierta y segurísima que a Dios nunca le faltan medios ni en el mar ni en la tierra, para socorrer las necesidades de sus hijos, hasta en aquel espacio inmenso de aguas, en donde no teníamos otro refugio que las encrespadas olas. Esta fe tan viva que ha puesto Dios en mi alma, me hacía descansar en medio de tantos sobresaltos, y así quiso Dios en esta ocasión dar prueba de que no queda confundido quien en su poder infinito tiene toda su esperanza.
- 153 No había una hora que habíamos llegado al puerto cuando se supo por la población que acababa de entrar «Rosalía», la que creían perdida por las fatales noticias que corrían (que yo no sé cómo se pudo saber porque desde el día que empezó a entrar el agua, permitió Dios Nuestro Señor, que quiso ser nuestro ayudador, que no encontrásemos ningún buque para que nadie nos sacara del apuro sino su omnipotente mano. Así que luego se dijo que llevaba monjas, y movió Dios tan fuertemente las entrañas de piedad a una señora muy devota, que al momento mandó a su marido a ofrecernos toda su casa y personas. Y no pudiendo desembarcar en este puerto por el temporal



sobredicho, nos mandó este buen señor una carta de recomendación con un bote que parecía un caballo a la posta por encima de las espumas de aquel mar tempestuoso (también nos trajo provisión de víveres). Esta carta iba dirigida a un amigo suyo que tenía en Lanzarote en donde se creía desembarcaríamos, y le decía hiciera con nosotras todo lo que haría por su familia. Cumplió tan finamente éste su amigo, que fue preciso poner término a sus excesos.

- 154 Llegamos al puerto de Lanzarote el 29 de marzo y salimos el 3 de mayo, y con el mismo cariño y regalo nos trataron el último día que el primero, y fue tanto el amor que nos pusieron que me ofrecieron casa y hacer todas las diligencias para fundar allí monasterio si queríamos quedarnos a lo menos dos. (Esta gracia me ha hecho Dios de quererme en extremo las personas con quienes he vivido. ¡Bendito sea Dios Nuestro Señor que así lo ha hecho para su gloria!) ¡Oh Padre mío celestial, cómo Vos sois el verdadero Padre y los hombres no os conocen! ¿Qué padre más cuidadoso y qué madre más compasiva podía venir con más presteza para acariciarnos y socorrer todas nuestras necesidades? Ninguno.
- 155 Porque todavía no habíamos dado fondo en el Puerto, cuando se presentó S. con los mismos ofrecimientos que su amigo, pero sí lo había dado yo en el Corazón Santísimo de este tan Padre nuestro en quien tenía puesta toda mi confianza. ¡Oh, quien no tuviera otro padre en la tierra, para poseer las inmensas riquezas del cielo! Otras gracias me hizo Dios en esta isla de Lanzarote. Todas las fiestas de la Semana Santa fuimos a la iglesia, nos confesamos y comulgamos todos los días con mucha devoción y regalo que me hizo Nuestro Señor especialmente el Domingo de Ramos me hizo Nuestro Señor la gracia de darme mucho recogimiento y, iba pensando que en aquella hora que íbamos del buque a la población, sería poca diferencia la hora que Nuestro Señor Jesucristo se encaminaba desde Betania a Jerusalén con sus amados discípulos. En esta consideración iba yo muy embebida pensando lo que pasaría en el Corazón Santísimo de mi Divino Redentor, estando tan cercana su sacrosanta Pasión; y también me acordaba con mucho dolor de las lágrimas santísimas que lloró Nuestro Señor sobre aquella ingrata ciudad. Y andando con estas consideraciones y recogimiento, de repente me sentí tan real y verdadera la presencia de Nuestro Señor Jesucristo, que lo vi más claro con los ojos del alma, que si lo viera con los del cuerpo. Iba delante de mí; unas veces veía sólo a su Divina Majestad y otras veces lo vi acompañado de sus Apóstoles. Me parecía que me enseñaba el camino que había de andar. Esta visión duró hasta la población, dejándome muy contenta por haber disfrutado tan santa compañía. Todo el camino me manifestó Nuestro Señor señales de mucho agrado y amor.
- 156 En el tiempo que estuvimos en casa de nuestros buenos hospederos se evitaron muchos pecados que se cometían, tal vez por ignorancia en la guarda de los mandamientos de la Santa Iglesia, especialmente en los días de la Semana Santa; de lo que me ha dado las gracias Nuestro Señor de haberlo corregido con tanta suavidad y prudencia (que ésta me ha dado Dios por su misericordia infinita) quedando esta buena gente muy contentos y convencidos. Nos llevaban en palmas en esta isla, y decían que les amargaba la satisfacción que sentían el recuerdo de nuestra temprana marcha. Sucedió un caso muy gracioso que no quiero pasar en silencio, pues tantos he contado de tristes. Y fue que el Miércoles Santo corrió la voz que iríamos a la iglesia a cantar maitines, y se llenó la iglesia de gente esperando, según nos dijeron hasta la noche, el canto de las monjas, hasta que el Capitán, que fue nuestro segundo Ángel de la Guarda, los desengañó. Con tantas mercedes me pagaba Dios un poquito de tribulación que padecía por su amor. Bendita sea tanta bondad.
- 157 Por fin se compuso «Rosalía» y salimos a 3 de mayo de este puerto de Lanzarote, donde tantas gracias de Dios recibimos. Colocaron la Santa Cruz hecha de palma bendita en el palo mayor, junto con una medalla de la Milagrosa, pues por milagro aportamos en aquella isla, y con otro milagro, si fuese necesario, esperábamos llegar a nuestro término deseado. Y así salimos de aquel Puerto más alegres los que nos íbamos que los que se quedaban porque todos lloraban como si perdieran un grande tesoro.
- 158 La memoria de los peligros de que Dios nos había librado, ensanchaba más y más la esperanza en

mi Dios.

Esta esperanza que Dios ha puesto en mi corazón desde mis primeros años me ha librado de tantos peligros, y me regocijaba tanto la esperanza en Dios que cuando perdí las Islas Canarias de vista, se alegró mi corazón, porque ya perdida la tierra de vista, sólo me quedaba la esperanza en Dios.

- 159 Cuanto más nos internábamos en aquel mar inmenso de aguas, más se internaba mi espíritu en el mar inmenso de Dios; cuando me miraba rodeada de aquella inmensidad de aguas, entonces me veía más claro que en un espejo en medio del Corazón de mi Dios y Señor, y era tanto lo que le gustaba a Dios este modo de considerar su infinita grandeza que no pocas veces me dejó sentir la blandura de sus santísimos brazos con que apretaba Su Majestad Santísima mi alma en su Sagrado Corazón. De aquí resultaba aquella tranquilidad inalterable que gozaba y aquel no cansarme un viaje tan dilatado como penoso. La inmensidad del mar me recordaba la inmensidad de Dios, y aquel cielo tan dilatado me recordaba los espacios inmensos de la gloria de los bienaventurados. La estrechez del buque, el crujido de las maderas y el ruido continuo de las bombas, que no paraban de día ni de noche, me recordaba lo primero: la apretura en que están los pobrecitos condenados en la estrecha cárcel del infierno; y el crujir de las maderas y ruido continuo de las bombas, los llantos y crujir de dientes con la confusión que padecen los condenados. Esta gracia me hacía Dios, que ninguna cosa me hacía padecer, en vista del cielo y del infierno. Bendito sea Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo que tan abundantemente paga las gracias que Él mismo da.
- 160 Un día se movió un poco de marea, y escarmentada del temporal que sufrimos en Santa Cruz me sobresaltó el temor natural, pero al momento invoqué a María Santísima, que me daba pruebas de mucho agradecimiento, por la continua vela que le habíamos hecho durante la lucha pasada, y me dijo: «Buen ánimo, hija mía», y extendió su manto y vi que nos cubría a todas y me dijo: «Mira, así ando a la popa del buque defendiéndoos de los tiros del infierno». Así sucedió que desde las Canarias hasta Cuba, tuvimos un viaje felicísimo.
- 161 Desembarcamos en ésta de Santiago de Cuba a los 26 de mayo del mismo año de 1852. Fuimos recibidas con mucho aplauso de toda la ciudad; pero Dios Nuestro Señor que en todas las cosas me hace probar lo dulce y lo amargo, o mejor diré, lo amargo y lo dulce, me quitó el gusto de encontrar en ésta al Arzobispo, que era la única persona que yo conocía en este nuevo mundo.
- 162 Esta pena fue presagio de la soledad en que me dejaría Su Divina Majestad por una larga temporada, mientras mi Prelado tendría en poco los avisos que Dios le quería dar. Mas aunque Dios Nuestro Señor me quitó la justa satisfacción de encontrar al Prelado, dispuso que el Provisor y demás familiares se portaran muy bien, haciéndonos todos sus ofrecimientos, así que después de habernos cumplimentado más de lo que nosotras merecíamos, se retiraron ellos y todas las señoras que nos habían acompañado desde la marina hasta la casa que nos tenía prevenida.
- 163 Nos dejaron con algunas negras para acompañarnos a la noche, y nos fuimos a retirar porque ya era tarde. Cierta era para alabar a Dios, y que nos reíamos nosotras mucho, vernos solas a la noche encerradas entre gente tan extraña que, aunque las señoras nos dejaron sus negras más fiadas, y de toda su confianza, para nosotras nos parecían salvajes, porque nunca habíamos visto negras. Pero lo más particular fue que más admiración les causábamos nosotras a ellas que ellas a nosotras. Así nos quedamos muy contentas, sin nada de miedo, mas, nos encerramos por la modestia en una sala que nos habían preparado con cinco catres, uno para cada una, único guarnimiento de la sala (o dígame aposento) que no había ni un clavo en la pared.
- 164 En la sala que nos recibieron había diez sillas, y una mesa en el comedor. En la cocina había una chocolatera y una sartén. Me alegré tanto al ver la casa tan despoblada, que saltando de contento decía: «Viva la Santa Pobreza hermanas mías». Éste fue el guarnimiento de éste nuestro primer convento. El día siguiente nos trajeron toda la comida de la casa del cura de la Santísima

Trinidad, que era el señor que nos había encargado o recomendado el Arzobispo.

- 165 Después ya nos quedamos con una sola criada y nos arreglamos nosotras con la gracia de Dios, que bien pronto nos proporcionó trabajo para podernos sustentar con el sudor de nuestro rostro sin ser molestas a nadie. Gracia fue muy grande de Nuestro Señor el conservarnos la vida con tanto trabajo como hacíamos, con tan poca proporción y falta de todo lo necesario que todo ayudaba para hacer más pesado el mismo trabajo, que de sí lo era mucho, especialmente a personas que no estábamos acostumbradas, y sobre todo en un clima tan pesado y que era la estación más pesada. Fue tanta la gracia y fuerzas que Dios nos dio, que puedo decir con toda verdad que más trabajamos cuatro en un año, que trece en tres.
- 166 El Provisor nos hizo tanto favor, que a los seis u ocho días de haber llegado, quiso ponernos oratorio en casa, con los privilegios de poderse celebrar todas las misas que se quiera y recibir los santos sacramentos de confesión y comunión.
- 167 Esta gracia se la agradecí mucho, porque ya desde entonces, en cuanto a nosotras guardamos rigurosa, sin salir absolutamente de casa. Se celebró la primera Misa el día de San Antonio de Padua. Yo creo lo hicieron así el Provisor y el Padre Confesor, para honrar más la fiesta del Arzobispo. Comulgamos con gran gozo y alegría, y rebotando mi alma sobre todo porque por la intercesión de mi Santo Patrón, comulgó con nosotros la criada que teníamos, que había 30 años que no se había confesado ni recibido el Pan de los Ángeles. Siguió después confesándose y comulgando todos los meses hasta la muerte.
- 168 Ya con el oratorio en casa estaba yo muy contenta porque no echaba tan a menos mi amada clausura, pero siempre suspirando por la presencia de mi Señor Sacramentado, gracia que me concedió Nuestro Señor bien pronto, porque el día de San Agustín se depositó el Santísimo Sacramento en el oratorio. El pretexto o causa exterior fueron los terremotos que arruinaron algunos templos, y los demás quedaron amenazando ruina. Pero los fines de Dios fueron los de siempre: esto es, adelantar la Obra por segundas causas, para ocultar al demonio las primeras.
- En esto dio orden el Provisor que fuese público el oratorio, para poder la gente oír misa y confesar y comulgar.
- 169 En esto de los terremotos nos inquietaron un poco nuestro retiro la mucha gente que venía con el pretexto de confesarse y oír misa, y mucho más el gusto de ver las monjas, que para esta gente, que nunca las había visto era cosa tan nueva que no acababan de maravillarse pareciéndoles que hablaban con Ángeles del Cielo. Y les parecía que en nuestra casa estaban libres de los temblores, tanto que hubo señora que abandonó toda su familia para quedarse en casa día y noche, y por más que sus hermanas le querían quitar diciéndola que nos era molesta a nosotras, no hubo medio hasta que vino la peste que desolaba las familias.
- 170 Yo creo convenía así para la gloria de Dios, y por esto nos preservó Su Divina Majestad la casa intacta de los terremotos, sin caerse ni siquiera menearse las estampas de papel que teníamos colgadas a la pared, tanto que en el segundo terremoto que se cayeron más edificios que en el primero, nos quedó tan sin señal ninguna de estrechón violento que ni siquiera fue menester quitar el polvo de la mesa del altar para darnos la comunión aquella misma mañana.
- 171 Vuelve Dios Nuestro Señor a probar de nuevo mi esperanza en su poder y bondad. En estos terremotos que sucedieron cerca de tres meses después de nuestra llegada en Cuba intentó el infierno aterrorizarnos por el mismo terror y espanto que causaba a todo el infierno nuestra llegada a este nuevo mundo. No pudo el demonio nunca entender la misión a que me mandaba Dios a este nuevo mundo, porque mi secreto era para mí, pero sí se recelaba una grande Obra del Altísimo, y estaba de expectación desde mi embarcación, admirando cómo atravesaba el mar esta hormiguilla con tanta paz y reposo, sin que todos sus tiros pudiesen poner estorbo a la empresa.
- 172 Por los trastornos pues de los terremotos vino el Arzobispo de la Santa Visita para consolar al

pueblo que estaba en gran manera afligido y en esta ocasión vino a visitarnos el mismo día que tuvimos el gusto de ver a nuestro Prelado, después que ya corrían cuatro meses de nuestra llegada en Cuba. Puédese figurar cuánto deseábamos esta visita.

- 173 Nos recibió con muestras de mucho agrado y me dijo que muy luego volvería para tratar de propósito nuestro negocio, de lo que mi compañera y yo nos alegramos mucho, pareciéndonos que tomaba el negocio con mucho empeño; pero Dios Nuestro Señor quería cumplir la promesa que me había hecho muchos años antes cuando quiso consolarme diciéndome un día que el Padre Claret me daría la mano para la fundación de la primera casa, como ya dejo referido en otro lugar; y luego me añadió que él sería el que más me daría que sufrir. Y por tanto quiso Su Divina Majestad que desde la primera conferencia me acordase de su promesa.
- 174 Así que un día que vino para tratar de propósito nuestros asuntos la primera palabra fue preguntarme que, ¿qué queríamos hacer? Significando en su modo de hablar, que nada sabía de lo proyectado, y como quien dice que no sabía por qué habíamos venido; cuando él mismo me había dicho años pasados que no dudase, que la Obra se haría. Y ahora todo era decir que no intentase novedades, que había de ser una casa de la Compañía de María. En esto el Provisor era el principal, pero él no tenía culpa porque nada sabía de mis cosas. Ni el Arzobispo quería mortificarme, sino que Dios quería que se cumpliese su palabra. En este cambio tan inesperado me quedé tan asombrada, que casi no sabía qué decir; porque el echar en cara al Arzobispo delante del Provisor la conferencia que habíamos tenido en el convento de Tarragona, y los apuntes que él había leído, no me pareció regular y así apelé al silencio, como quien no tiene nada que decir, dejando la causa en manos de Dios.
- 175 Dijo que otro día volvería el Provisor solo porque él se iría pronto a acabar la Santa Visita. Que el Provisor entendía más estas cosas y que con él arreglaríamos cómo se haría la solicitud al gobierno para la fundación. Este desprendimiento del Arzobispo penetró de pena el alma de mi pobre hermana y compañera la Hna. Florentina y mucho más el Provisor el otro día que vino, que nos hizo un cuadro tan espantoso que había para desistir el corazón más esforzado.
- 176 Entre tantas cosas dijo que ya veíamos los horrores de los terremotos, y que según las profecías del Arzobispo, con ellos se hundiría la Isla, pero que antes sería tomada por los Estados Unidos y por tanto se perdería la religión cristiana. Que esto sucedería por una guerra muy espantosa, y así que lo pensáramos bien y viéramos si teníamos ánimo de pasar adelante.
- 177 Mi compañera nada decía en esto porque no tenía más ánimo que para seguirme, y estaba asombrada de ver la serenidad con que yo oía tales cosas y la tranquilidad y reposo con que respondía al Provisor, diciéndole que estas cosas ninguna impresión me hacían, que a mí no me daba miedo la muerte, y que por quien podía morir mejor que por mi Señor Jesucristo; pero que ni esto buscaba. Que mi único móvil en venir a esta tierra, había sido el dar cumplimiento a la Divina Voluntad, y que ésta la había de saber por mi Prelado. Y así que dijera al Arzobispo que sin ningún respeto humano dijera si delante de Dios conocía ser del agrado divino el que se pasare adelante; o que si por las ocurrencias presentes le parecía voluntad de Dios volvernos a España, que lo dijera con toda franqueza, que el mismo espíritu que me había traído, me volvería a mi Patria. Se fue el Provisor prometiéndome que así hablaría al Arzobispo. Y a pocos días me mandó el borrador de la solicitud para que dijera si estaba a mi gusto. En todo me daba demasiada satisfacción por su grande humildad.
- 178 Viendo yo que todo se encaminaba a una fundación de la Compañía de María, determiné escribirle en reserva, pues que ya el Arzobispo estaba a la Visita, haciéndole entender en pocas palabras que no seríamos de la Compañía de María, que se lo avisaba para su gobierno. El Provisor ningún caso hizo de este aviso, antes mirando como imposible nuestra fundación si no era una casa de la Compañía de María, pasó adelante la solicitud según él tenía proyectado sin saber mis adentros. Porque yo siempre fui muy cerrada en dar noticias de estas cosas, y Dios ya me había dicho que no me había dirigido al Provisor para esta Obra, y así que lo llevara con

mucho silencio, que Él sabría a su tiempo volver por su causa.

- 179 Después de acabar de beber este primer trago que fue el más amargo para mí, el desprendimiento del Arzobispo, a bien pocos días del mismo mes se dignó Nuestro Señor visitarme de nuevo con otra prueba, no menos sensible que dolorosa. Y fue el sufrir el más doloroso golpe de la triste separación de mi estimada compañera la Hermana Florentina, que enfermado de muerte el día 14 de septiembre, sin conocer el médico ninguna gravedad, nos la arrebató la muerte el 20 del mismo mes de septiembre.
- 180 La pena que inundó mi alma en esta tristísima ocasión, sólo podrá comprenderla el que conozca la simpatía que sienten dos corazones que Dios une para sí con un mismo espíritu. El dolor que sentí fue igual al amor que le tenía, pues no era menos que el mismo amor que Dios compone, y la amaba como a parte de mi alma. Así que sentí tanto dolor en esta triste separación, ¡como que se apartara mi alma del cuerpo! ¡Qué de cosas me afligían a la vez!!! ¡Su pérdida irremediable!! el país tan desconocido!! mi soledad tan completa!!!!... Porque aunque me quedaban las tres jóvenes, eran tan tiernas en la práctica de las virtudes, que necesitaban todo mi valor y esfuerzo para no desfallecer de su buen propósito. ¡Oh juicios impenetrables de Dios!!! Me promete Dios a esta criatura para ayudarme: llámala Su Majestad para que me siga: obedece fiel al llamamiento divino, y apenas habíamos asentado el pie al lugar del llamamiento, se la lleva para sí, sin duda para darle el premio de su encendido celo, y me deja otra vez tan sola como el día que me llamó.
- 181 No me dejó Dios mucho tiempo abandonada al dolor; porque a pocos días de su fallecimiento, quejándome amargamente (pero respetando los juicios de Dios y adorando la mano que me afligía) con Su Divina Majestad porque se me había llevado a mi hermana, que era buena para todo, y me había dejado a mí tan sola que no era para nada, me hizo conocer claramente Nuestro Señor que así convenía para los fines de su gloria. Que mucho me ayudaría desde allá, y así se cumpliría como en el Apostolado que todos eran rudos e ignorantes, para que se viera que todo era obra de la divina gracia.
- 182 Así se ha cumplido a la letra, que estando muchas veces agobiada sin saber cómo cumplir tantas cosas que me abruman he invocado su favor para mí y para mis hermanas y siempre me ha sacado en bien, especialmente al principio que formaban toda la comunidad estas cuatro hormiguillas.
- 183 Las continuas instancias que hacía la gente para la religiosa educación de las niñas, me ayudó mucho para conseguir la completa clausura, porque aunque nosotras siempre la habíamos guardado, no saliendo absolutamente de casa pero podían entrar las personas que nos visitaban, y esto de ninguna manera me gustaba, y aunque habíamos señalado horas y días fijos para recibir, no obstante siempre deseaba más y más encerramiento.
- 184 El Provisor deseaba mucho dar gusto al pueblo, y no menos a nosotras, y viendo que la casa que teníamos no era capaz para la clausura, ni para admitir niñas, buscó una a su gusto capaz para el efecto cerrando el concierto de alquiler por 80 pesos mensuales. Todo esto él lo hizo para nuestra mayor comodidad, y dar gusto a la ciudad, pero sabía muy bien que yo por entonces ni deseaba comodidad para nosotras ni convenía dar gusto al pueblo. Lo que yo deseaba por entonces era estar muy quieta hasta que viniera el Real permiso para la fundación, y tenía muchas razones para creer que así convenía, y todo lo demás me parecían disparates.
- 185 En esta ocasión me vi muy agobiada, porque cuando me dijo que fuese a ver la casa para dar orden de cómo se distribuían las piezas, ya estaba él comprometido hasta tener ya las llaves de la casa y el contrato cerrado como he dicho. Así que sentía grande pena por no hacerle quedar mal a él y al mismo tiempo deseaba darle gusto; pero al ver que ningún provecho nos venía para nuestro objeto, y que los meses pasan volando, y nos cuesta mucho de ganar 80 pesos, no sabía qué hacerme. Pero Dios Nuestro Señor que en todo me ha dado la mano y hasta de las cosas más menudas y caseras cuida, como un padre de familia en su casa, dispuso un medio muy suave, que en parte diese gusto al Provisor, pero sin hacer ningún ruido con la mudanza de la casa.

- 186 Toda aquella noche la pasé rogando a Nuestro Señor que se dignase manifestarme su Voluntad para salir de aquel apuro. Mas ¡oh Providencia Divina!, muchas veces habíamos mirado y medido hasta un palmo del local de aquella casa, con la hermana Florentina y después con las otras hermanas y también con el padre confesor de casa, y nunca pudimos encontrar lugar ni para poner clausura, porque no sabíamos cómo hacer iglesia ni tener niñas ni externas, y mucho menos internas; y esta noche se me presentaron tantas ideas y medios, que para todo encontré lugar y muy fácil de arreglar. Ahora la pena en cómo lo diría al Provisor, porque ya el capellán tenía las llaves de la otra casa.
- 187 Mas Dios que me había dado la idea para todo, dispuso que aquella mañana viniera el Provisor a decir misa. En esto vi claramente que todo era disposición divina, y me animé mucho en decírselo después de la misa (que toda ella pedí a Dios que si así era de su agrado, lo dispusiera para que lo recibiese bien y se hiciera todo sin disgusto que esto era la pena más grande para mí).
- Todo resultó como dispuesto de la mano de Dios, porque después de la misa le expliqué las causas y conveniencias que me movían a no dejar aquella casa, y le dije cómo aquella noche Nuestro Señor me había ideado aquella noche el modo con que se podía componer todo; y a él le gustó tanto que me dijo se hiciese a sí mismo, que le estaba muy bien, y que cuidaría de mandar recado que no se pasase adelante la otra casa. Di gracias a Dios que como buen Padre remedia las necesidades de sus hijos, y mira para su ahorro.
- 188 A toda prisa se arregló lo mejor que se pudo, y el lunes de Pascua del Espíritu Santo de 1853, celebró misa nuestro Prelado en la iglesita nueva, que era tan chiquita que no cabían más que el celebrante, el sacristán y tres o cuatro personas más. Me daba mucha devoción porque su pequeñez y pobreza me recordaba la santa y afortunada cueva de Belén.
- 189 El día 7 de junio del mismo año se puso la clausura, cerrado la puerta el Arzobispo, y el día 15 del mismo mes y año, abrimos clases.
- 190 El día 13 de diciembre del mismo año, ya nos mudamos al lugar de nuestra permanencia, que es esta Santa Casa, que compró el Arzobispo para monasterio, y es hoy día, la primera casa de nuestra Orden, en donde escribo estos apuntes por mandato de la Santa Obediencia y con grande rabia del infierno.
- 191 En la compra de esta casa tuve mucho que luchar con el Provisor. No se escandalice quien estos simples apuntes leyere por ver la diversidad de pareceres que encontrará a cada paso entre el modo de pensar de este señor y el mío pues nada tiene de extraño, antes es muy regular, porque él es de espíritu muy noble y por tanto todo le parece poco para Dios; y como yo soy de condición baja, tengo el espíritu mezquino para con Dios y por tanto, poco me parece demasiado, y mayormente mirando la pobreza en que nació, vivió y murió mi Divino Redentor. Porque toda la disonancia entre nosotros ha nacido de no entendernos en la práctica de la Santa Pobreza. Porque yo por ser mujer ignorante, no entiendo si no aquello que simplemente he leído en el Sagrado Evangelio pero ellos como son letrados, y de buenas letras entienden mejor las Escrituras según los tiempos. Pero todo lo ha salvado la Santa Obediencia que en esto nunca me he apartado un punto, por la gracia de Dios.
- 192 De lo que pasó en la compra de esta casa y cómo Dios Nuestro Señor aquietó las zozobras que me oprimían, hablo en el núm. y no hay que alargarme aquí en este particular. Sólo diré cómo en esta ocasión empecé a descubrir mi espíritu, por mandato de Nuestro Señor al Reverendo D. Paladio Currús, Director actual que gobierna mi alma.
- 193 A este padre mandó el Provisor por confesor extraordinario en los primeros ejercicios que hicimos en la Cuaresma de 1852. Con esta ocasión conocí que este padre era de espíritu fuerte para la virtud y aunque me parecía de genio ceñudo y naturalmente me repugnaba, no obstante deseaba tanto el aprovechamiento de mi alma, que preferí el rigor que yo me presumía de éste, a la suavidad del padre confesor de casa; que pareciéndole que mi vida era necesaria para alguna

cosa, me llevaba con mucha contemplación.

- 194 Así que desde los ejercicios seguía confesándome una vez que otra con él, sin darle cuenta de los secretos y gracias que Dios Nuestro Señor por su sola bondad me había confiado, hasta que Su Divina Majestad me lo mandó; que fue al tiempo de comprar la casa para monasterio.
- 195 En esta ocasión se me ofrecieron cosas de mucho peso, que yo por mí sola no me atrevía a determinar, y no tenía con quien consultar; porque con mi Director que era el Ilustrísimo Señor Caixal, no había para qué en estas ocasiones por estar tan lejos, y aquí el único que yo tenía confianza era el Arzobispo, se desentendía de todo dejándolo en manos del Provisor, como he dicho al principio.
- 196 Este desprendimiento de mi Prelado ha sido para mí un martirio que noche y día me atormentaba, y no hacía más que llorar, pidiendo al Señor mirase por su causa, y la recta intención que yo tenía en cumplir su Santísima Voluntad. ¡Oh! ¡quién podrá contar las lágrimas que han derramado mis ojos...! sólo Dios que tiene numerados hasta los cabellos de la cabeza, es testigo de mi dolor.
- 197 En esta ocasión se dignó consolarme Nuestro Señor, diciéndome que consultare con este buen Padre Curríus, y que hiciera lo que él me dijera; y que este padre había de ser conmigo lo que San Juan de la Cruz con Santa Teresa. Y otras cosas me ha dicho después Nuestro Señor de éste su siervo, que ya están apuntadas en los demás papeles, de lo mucho que había de trabajar en esta Obra, y todo se ha cumplido a la letra hasta aquí.
- 198 En esta ocasión me consoló mucho Nuestro Señor y desde entonces le entregué la llave de todos mis secretos [Curríus], con el único fin de que guiare mi alma por el camino de la virtud.
- 199 Volviendo a tomar el hilo del modo que Dios ha ido formando ésta su casa, he dicho que el día 13 de diciembre del mismo año 1853 nos trasladamos en esta Casa, y el 15 de enero del siguiente año 1854 llegaron 9 postulantes de España para vestir nuestro santo hábito, y se lo vestí el día de la Purificación del mismo año. Estas jóvenes me dieron mucho que sufrir, porque casi todas eran muy amigas de todo regalo, poco trabajar, bien comer, y reír, que no parecía si no que habían venido a dar un paseo de buen tiempo. Y hasta ellas mismas me decían, algunas, que habían venido sin ninguna intención de ser religiosas. ¡Puédese pensar cuánto me costaría el cultivar algún tanto estos espíritus tan libres! especialmente la mayor parte de ellas, y con la poca ayuda de un confesor indulgente.
- 200 El tiempo comprobó la falsa vocación de algunas de estas voluntariosas, que a los 14 meses se fugó por los tejados con grande escándalo de toda la ciudad, que hasta entonces nos tenían como por ángeles; otras dos murieron sin ninguna vocación a la vida religiosa. Las que profesaron son buenas religiosas, aunque me cuestan bastante trabajo.
- 201 En estas jóvenes no puedo decir yo como Santa Teresa que dice de sus primeras monjas que parecía que Dios las escogía expresas para aquella Casa. Yo también puedo decir que Dios Nuestro Señor me las mandó expresas para purificar mi alma. Con las tres primeras sólo he descansado; que éstas parece que Dios me las dio para mi consuelo y ayuda, porque han sido incansables en los trabajos, fatigas, y siempre alegres y contentas en tantas fatigas y tribulaciones que pasamos al principio. Creo que Dios las hará santas a las tres. A pocos días de haberse huido la apóstata me dijo Nuestro Señor: «¿Cómo sería esta Orden una copia perfecta del Apostolado si no hubiese tenido un Judas?» Entonces sentí la pena que traspasó el Alma Santísima de Nuestro Divino Salvador, por la pérdida del infeliz Judas. Entonces quedamos doce y andaba el demonio sembrando cizaña por todas partes, por ver cómo podría disolver esta santa casa; pero desde este hecho, quedaron todas mucho más fervorosas, que no habían estado nunca. Esto ha hecho siempre Nuestro Señor en ésta su Obra, que de todo lo que el infierno pretendía sacar mal, Dios Nuestro Señor sacaba mayores bienes. ¡Bendito sea por tanta bondad!
- 202 Con tantos sinsabores iba Dios como preparándome para recibir la grande, la indecible alegría que

había de inundar mi alma al llegar la Bula de Roma, que vino el 16 de julio de 1855, con tanta prontitud como yo esperaba y se la había dicho al Arzobispo siempre que me ponía tantas dificultades. Las luchas y peleas, lágrimas y suspiros que me cuesta la fundación de esta primera casa, sólo Dios que se complace en los suspiros de un corazón atribulado (por su amor), las sabe.

- 203 Cuando vino el real permiso de Madrid, para la fundación, entonces vieron el Arzobispo y el Provisor; el error que antes despreciaron como un aviso de una mujer ignorante y alucinada en su modo de pensar.
- 204 El Provisor vino a leerme el Real permiso, al locutorio, y sin parar la atención a las leyes, fijó el día para mi profesión, mas yo sin contradecirle me reía interiormente porque aunque yo no tengo letras, ya Dios me había dicho cómo habían de andar estas cosas, y estaba cierta que mi profesión dependía o había de venir de Roma, pero esto para el Provisor era una herejía
- 205 En palacio no se hablaba sino de esta profesión, y por el dicho de alguno empezaron a sospechar que el Arzobispo no podía profesarme, y entonces el Provisor, empezó a registrar libros y vio que realmente no podía hacerse la profesión sin que hubiese una monja profesada o expreso permiso del Papa.
- 206 El Arzobispo no sabía qué hacerse. Yo me estaba en un profundo silencio sin hablar una palabra, clamando día y noche sin cesar al Señor se dignase iluminar a mi Prelado a fin de que se cumpliese su Santísima Voluntad. En esto se dignó Nuestro Señor tocarle el corazón y vino al confesonario para hablar de propósito el asunto. Lo primero que me dijo fue que ya teníamos el real permiso, y ¿cómo se arreglaba mi profesión? Yo contesté que como a él le pareciere más conforme según Dios, que en todas sus disposiciones estaba yo contenta; pero él quería que en todo le diera mi parecer, y me mandó por Santa Obediencia le dijera con toda lisura, todo, todo lo que a mí me parecía y cómo se había de arreglar. Ésta fue para mí de mucha pena, pero fue preciso obedecer, y le dije que yo no veía otro medio si no mandar o escribir a Roma, y que tenía esperanza cierta que vendría muy pronto.
- 207 En esto se disgustó mucho como siempre, y me dijo que me lo quitase de la cabeza, que era una locura, un delirio, y qué sé yo qué cosas más pesadas me dijo; y por más que le decía que yo no quería otra cosa que lo que él dispusiere (y realmente lo sentía así), no hubo medio para apaciguarle hasta que se levantó y se fue sin darme la bendición. La pena y desconsuelo en que me quedé en esta ocasión, más es para sentir que para escribirse. Toda la noche la pasé llorando, y humillándome hasta lo más bajo de la tierra, y deseaba confundirme entre la misma tierra si hubiese sido posible.
- 208 En este acto de humillación que Dios infundió en mi alma, desde mis primeros años, le gustaba mucho a Nuestro Señor y el día siguiente se dignó enjugar mis lágrimas, porque muy de mañana me llamaron al locutorio por el reverendo don Paladio Curríus, mi confesor, que vino mandado del Arzobispo, a leerme el borrador de la súplica que había pensado hacer a Roma el Arzobispo, que le había dicho me mandaba por Santa Obediencia dijere si estaba a mi gusto o si se había de quitar o añadir alguna cosa. Siempre Dios me ha consolado mi alma según la multitud de mis dolores. Mas, ¿cómo no había de estar a mi gusto la súplica si estaba dirigida por el dedo de Dios?
- 209 ¿Quién no admira en este caso las trazas de Dios, en afligir a sus criaturas? ¿Y la repentina mudanza de los corazones? Ayer de tan diferente parecer, y hoy parece que está escribiendo los pensamientos de mi corazón. ¡Bendito sea Dios por tanta misericordia, que hace tales beneficios a quien corresponde con innumerables ingratitudes!
- 210 De estas cosas me han sucedido tantas, que si las hubiere de escribir todas, sería preciso escribir grande volumen, y no es necesario, porque quien me lo manda escribir es testigo de vista de muchas, y de las unas se infieren las otras; porque ésta ha sido la traza que Dios ha usado siempre conmigo. Así que para su propósito bastará le refresque la memoria, recordándole una que otra.



- 211 Por fin se mandó la súplica a Roma, y vino a la brevedad posible, creo a vuelta de correo, y vino como he dicho a 16 de julio de 1855 a pedir de boca como se dice, pero quiso Dios Nuestro Señor que no me engolosinara en tan justa satisfacción, y así permitió aquella cláusula de las rentas (que estoy cierta se quitará) que tanto nos dio que entender, y chocar de nuevo.
- 212 En realidad que esta cláusula a primera vista me amargó la grande e indecible satisfacción que podía tener por haber venido tan pronto, como yo esperaba, y en todo lo demás a medida de mi gusto. Pero!!!!!!! de nuevo entorpecida mi tan suspirada, y por 14 años prolongada profesión! Porque Dios me había dicho que había de fundar sin rentas.
- 213 Aquí fueron de nuevo las lágrimas y suspiros, que a raudales las derramaba, siendo mi pan cotidiano, especialmente delante del Santísimo Sacramento, y a la noche, porque siempre me ha gustado padecer sola con Cristo Jesús, y no angustiar a mis hermanas con mis penas. Estando en oración delante del Santísimo Sacramento anegada en un mar de lágrimas, diciendo a mi Señor que por qué dilataba por más tiempo mi profesión, por tantos años deseada, que si no era entera aquella pobreza como Su Majestad quería, que todavía esperaba hasta que se cumpliera su Santísima Voluntad. Que bien veía yo que era indigna de un tal alto desposorio, y que por esto salían siempre los estorbos.
- 214 En esta aflicción que sólo Dios sabe cuánto penetraba mi alma, se dignó Su Divina Majestad consolarme desde aquel Sacramento de Amor, y me dijo con grande amor que tuviera buen ánimo, que bien podía pasar adelante la profesión, que la cláusula de la Bula en nada me impedía la profesión, porque monasterio ya tenía, y las rentas eran segurísimas, por estar los capitales en manos de la misma Verdad, y que por tanto nunca me faltarían, que así admitiera la fundación, que de ninguna otra manera se haría. Y que dijera a mi Prelado que así se cumplían las sagradas letras de la Bula, que no tuviere miedo. En esto me quedé muy consolada y con esperanza cierta que así se cumpliría; y me infundió Nuestro Señor mucho ánimo para decirlo a mi Prelado.
- 215 Él venía bien en esto, y el Provisor por último también, pero en cuanto a las que entonces éramos, porque contando según sus leyes, que con los 11.000 pesos que costaba la casa y añadiendo alguna friolera más, decía que ya se podía contar como dotada la casa, pero quería señalar dote para las que irían viniendo; y el Arzobispo estaba muy firme en esto.
- 216 Yo cuando me mandaban decir lo que sentía, nunca podía venirme en ello, porque ya Dios Nuestro Señor me había dicho cómo se haría la fundación. Yo les decía que sólo las Terciarias habían de traer dote, porque éstas no hacían voto de guardar los consejos evangélicos. En esto me decía el Provisor que yo quería parecer pobre y vivir con las espaldas de las demás. Y el Arzobispo, que yo quería ser pobre y el Arzobispo que pagara la casa, siendo así que cuando se hacía el pago de la casa, me exigía toda la plata que había en casa para ayudar a pagar, y así lo quiere mientras viva. Y el Provisor era de tan recta conciencia que decía que hasta una peseta estaba obligado el Arzobispo a exigirnos.
- 217 Y cuando compraron la casa, movidos puramente por impulso divino, porque yo nada había dicho ni pedido, ni lo pensaba, porque cuando escribió el Arzobispo a mi confesor para nuestra venida a Cuba, ya decía que trabajando comeríamos, y que él no estaba para fundar convento entonces. Pero como gracias a Dios nunca he puesto la confianza en los hombres, sino en la Providencia Divina, así ni siquiera me tomó la atención este modo de hablar del Arzobispo, certísima siempre que sólo se hace lo que Dios quiere y no lo que piensan los hombres.
- 218 Y así ha sucedido en esta fundación, que sin querer el Arzobispo entender en esto, ni en aquello, ha entendido en todo, por impulso divino, porque yo nunca he manifestado ningún deseo sino cuando he sido preguntada. Yo creo que mi silencio mismo daba lugar a que ellos me preguntasen, y les puso Dios más gana de adelantar la Obra de la que yo manifestaba, porque ésta es la traza de Su Divina Majestad en ésta su Obra. Digo esto para que las que vendrán, aprendan a esperar en Dios contra toda esperanza.

- 219 Me dijo el Provisor que sólo contaban con lo que teníamos existente entonces y no más, que era mi dote y el de mi compañera la Hermana Florentina, y lo demás que ellos se arreglarían, que yo no había de tener ningún cuidado. En esto de intereses no se me da nada de pagar (sólo lo digo por ser bien graciosos algunos casos que me pasaron, para que despierten las que vendrán y no es prudente poner aquí, y me da pena hablar de mezquindades de intereses que tiene el mundo tan embebido). Lo que a mí me daba pena era el dilatar la profesión y verlos tan disgustados sin ellos quererlo, porque todos deseaban darme gusto, y no podíamos acertar, porque quería Dios purificarme más y más.
- 220 Me decían que no me dieran miedo las rentas, que lo pondrían con tanta estrechez que un tercero lo administraría todo; y nosotras no sólo no cuidaríamos nada, sino que ni aun de limosna le podríamos pedir lo necesario, mientras que él podría distribuir los bienes de la comunidad a otros pobres, según le ordenase el Obispo. Esto fue lo primero que idearon para salvar la Santa Pobreza y Hermanarla con las rentas.
- 221 Eran tan humildes que siempre me mandaba el Arzobispo dar mi parecer, y con ésta su humildad me tenía bien humillado mi amor propio porque mi rudeza no entendía de estas composiciones, y por la Santa Obediencia había de decir lo que sentía, y no sabía decir otra cosa si no que por mí, más quería ser pobre con Cristo, que no tener rentas para repartir a otros pobres. Y ¿para qué tener rentas si ni aun limosna de ellas podríamos pedir? Que éste era mi sentir; pero que mi voluntad no era otra que la de mi Prelado, y que hiciere lo que le pareciere delante de Dios.
- 222 Esta sumisión que Dios me daba a la voluntad de mi Prelado fue la atadura más fuerte en que Nuestro Señor tenía atada la voluntad de mi Prelado para que no se hiciese en un todo el parecer del Provisor; así que el Arzobispo hacía sus apuntes pareciéndole que de aquella manera andaría bien y poder pasar adelante. Entonces salía el Provisor que según las leyes no podía ser. Así que teníamos una lucha pesadísima, y sin querer mortificar el uno al otro, andábamos bien disgustados. Esto pretendía todo el infierno, ponerme en desgracia de mis Superiores.
- 223 Pero el martirio de muerte era para mí, porque me hacían luchar sin gana, porque yo en nada me resistía a las disposiciones de mi Prelado, como ya he dicho, que Dios Nuestro Señor me daba gracia para sujetarme en todo; y esto de nunca acabar de determinar una cosa u otra, y verlos tan disgustados me traspasaba el alma. Pero Nuestro Señor que gustaba de verme tan humillada no descuidó de consolarme. Porque en tiempo de tanta tribulación me mandó mi Director que no estaba ni sabía lo que pasaba. Así me dejó tan sola Su Divina Majestad en tan recia pelea. Mas al llegar este buen Padre mío[Curriús], me pareció lo tenía todo hecho, porque en cuanto el confesor me asegura la conciencia, no tengo ninguna pena. Me ayudó tanto este buen siervo de Dios, que yo no sé cómo habría salido en bien, si él no hubiera tomado el negocio por propio. ¡Bendito sea para siempre Nuestro Señor Jesucristo que se complace en mandar el consuelo en tiempo de la más precisa necesidad!
- 224 El pobre tuvo mucho que sufrir, y la fortuna que el Arzobispo le tenía toda su confianza; pero a pesar de esto le decían tantas cosas, tanto éste como el Provisor, que después de pasada la tempestad me dijo que casi estaba para dejarme en medio de la tribulación.
- Tanto le pesaba al infierno esta fundación porque había de ser esta casa, semejante a la Casa Santa de Nazaret y sus moradores. Por fin vino el Provisor a caer en la cuenta no sé por qué razón que ya se la había dado antes, y se arregló la fundación del modo que me había dicho Nuestro Señor. Bendito sea por ser la misma Verdad, pues nunca falta a su palabra.
- 225 Así hice mi tan suspirada profesión a los 27 de agosto del mismo año en manos de mi Prelado[Claret] con indecible contento de todos, y más gozo de mi alma, que éste no hay con qué expresarlo, sin que fueran parte una preparación tan atribulada con tantos cuidados de asegurar la fundación, para entibiar un punto el fervor de mi espíritu. Mi pensamiento fijo en el momento de pronunciar los santos votos, los instantes me parecían siglos, y aunque concurrían tantas

circunstancias de tanto peso en mi profesión, ninguna fue bastante para turbar un punto la paz y el reposo de mi alma.

- 226 Los favores que me hizo Dios Nuestro Señor en este felicísimo día, que tantos años de deseos y suspiros me costó, están ya escritos en un borrador de una carta, que entregaré junto con estos apuntes que escribí al Ilustrísimo Señor Caixal dándole cuenta de todas mis cosas, y así no hay para qué repetirlo aquí. Sólo diré una cosa que allí se me olvidó, y es que después de mi profesión me hizo ver Nuestro Señor cómo los demonios se escondieron en lo más profundo del infierno, y permanecieron allí por algunos días amontonados unos con otros repujándose con cuál podía esconderse más, mordiéndose ya entre sí, ya unos con otros con grandísima rabia y furor.
- 227 A los ocho días de mi profesión, profesamos a mis hermanas, que con mi profesión estaban fervorosísimas, eran el número de nueve.
- 228 A los pocos días de mi profesión, me mandó mi Prelado [Claret] por Santa Obediencia poner por orden los puntos originarios de la Orden [Constituciones] que escribí el año 1848, mandándome ponerlos más por extenso según Dios Nuestro Señor me manifestare ser su Santísima Voluntad. Este mandato sentí con toda mi alma pero no hubo medio de poderme excusar. Y me dijo que lo hiciera pronto, que cuando él viniera de la Santa Visita trabajaría para mandarlo a Roma.
- 229 En este mismo tiempo que estaba escribiendo las Reglas y Constituciones de la Orden, me mandó el confesor escribir los puntos esenciales de la Reforma General de toda la Iglesia.
- 230 El día del Patrocinio de María Santísima del mismo año 1855, dando gracias a esta Santísima Madre de un beneficio que me había concedido, y yo pensaba que éste me excusaría el trabajo de escribir estos apuntes me mandó María Santísima que empezara aquel mismo día a escribirlos y también me mandó que dijera a mi Prelado [Claret] unos avisos que me repugnaban mucho. Estos avisos andan entre los papeles que entregué a él mismo.
- 231 De la visión que Dios Nuestro Señor se dignó comunicarme en el año 1854, día de Todos los Santos, no hay que decir nada porque está escrita en las dos libretas que entregué a mi Prelado, y también está escrita en estos mismos apuntes que me manda escribir mi confesor [Curríus] para darle cuenta de los favores y gracias que Dios Nuestro Señor se ha dignado comunicarme, por su misericordia infinita, sin haber ningún merecimiento de esta vil pecadora. ¡Qué digo merecimiento mío!!!!!! antes debo confesar llena de confusión, por mi desagradecimiento que escribiendo estos mismos favores y mercedes del Señor, he tenido la desvergüenza de ofenderle de muchas maneras, y muchas veces, como sabe quien me lo manda escribir, que le tengo toda mi conciencia patente.
- 232 No extrañe quien estos apuntes leyere, que andan tan desconcertados, porque nunca había pensado de escribir tales cosas, así que empecé con tanta confusión y vergüenza, que no he sabido seguir orden ni concierto, y por esto muchas cosas que deberían estar al principio, están en el medio y otras que deberían estar en el medio, están al fin. También echarán a menos las fechas, y también es por el mismo descuido mío pero no por falta de verdad, porque por la misericordia de Dios siempre he aborrecido la mentira.

Sea todo a mayor Gloria de Dios y de mi Santísima Madre.

#### APÉNDICE PRIMERO A 11 DE JUNIO DE 1857

- 233 Un día de Jueves Santo [1946 ó 1947] me dio Dios a gustar tal dulzura en la Sagrada Comunión, que parecía tenía un panal de miel en la boca, y con tan grande abundancia que parecía tenía la boca llena de un licor suavísimo que destilaba por los labios y garganta como si chupase un bálsamo que toda me confortaba, y sabía a todos los gustos. Esto me duró muchos días; no sé cuántos, porque ahora que la Obediencia me manda dar cuenta de estas mercedes recibidas de Dios tan mal correspondidas, hace muchos años que recibí ésta, con la particularidad que aunque

comiera o bebiera, nunca me pasaba aquel gusto, y mientras esto me duró, no me acuerdo haber sentido gusto ninguno ni en comida ni en bebida.

- 234 Admirada yo de esta tan extraña novedad que en días de tanta amargura para mi Señor Jesucristo, que yo le estaba mirando en el Huerto de las amarguras con tantas avenidas de tristeza y dolor, que parecía iban ahogar a su Santísima Ánima, por la muerte cruelísima de Cruz que le aguardaba con tan atroces tormentos!! Con la hiel y vinagre que habían de amargar su santísima boca, y la mía, pecadora, tan endulzada con aquel divino bálsamo! Esta admiración me tenía como fuera de mí, sin saber atinar qué significaba tanta dulzura en días de tanta amargura. Y en esto me dijo Nuestro Señor que no lo extrañara, que éste es el zumo que destila la Santa Cruz; y aquí me dio a conocer Nuestro Señor que me esperaban grandes tribulaciones, y que había de padecer grandísimas aflicciones y desamparos de espíritu, pero que en todo me daría su gracia Su Divina Majestad abrazada con la Santísima Cruz de mi Señor Jesucristo.
- 235 Un día de la Asunción de María Santísima [1848 ó 1849], estando en oración muy recogida me hizo ver esta Purísima madre las perfecciones de su Santísimo Cuerpo y del de su Santísimo Hijo. Cómo fue esto no lo sé explicar, porque los miraba y veía aquella belleza divina que yo no sé cómo ponderar. Vi la Humanidad Santísima, pero no gloriosa sino viadora, pero tan perfecta y acabada!!! Qué encanto!!! Pero lo más particular fue que lo veía como cubierto de un velo que a mi modo de entender pensé si quizá sería el velo de la justicia original, y conocí que, las perfecciones de este velo no se entenderán hasta el día del Juicio final. Y me dio a entender María Santísima que así fueron vistos en esta vida el Cuerpo de su Santísimo Hijo y el suyo, y me dijo que nunca persona alguna había registrado su Santísimo Cuerpo; y así que dijere a una persona que cuidare de hacer componer una imagen que había sacado un escultor, más entendido en el arte de la naturaleza que de la gracia, bien inmodesta, y todos alababan de muy perfecta.
- 236 Sólo María Santísima estaba muy disgustada y me dijo que se da por muy ofendido Dios Nuestro Señor de que para imitar las perfecciones de sus Santísimos Cuerpos, sirvan de provocar a los ojos incautos, y se cometan tantos y tan grandes pecados. Y me dijo que castigará terribilísimamente a los Prelados descuidados en la visura de sus santas imágenes.

## APÉNDICE SEGUNDO

- 237 Trazas de que me valía para guardar el silencio mientras viví en el convento de la Enseñanza de Tarragona. Fue para mí esta santa casa un estudio, o mejor diré una escuela perfectísima en donde me enseñó Dios Nuestro Señor la nata de la virtud religiosa, y los medios para adquirirla, que son la total abnegación de sí mismo por una continua contradicción de espíritus religiosos pero encontrados.
- 238 Después que me había dicho que cuando viniera de la Visita [Claret] mandaría las Reglas a Roma, ahora me dice que no las quería mandar hasta que pasaran muchos años, y a los tres meses de haberme dado esta pena, dijo a mi confesor que recogiere todos los papeles que quería fuese a Roma. [Nota al núm. 200]
- 239 Al salir le fue tan mal que en la casa de unos amigos en que ella fundaba su apoyo de ninguna manera la quisieron recibir, y la infeliz se vio precisada a buscar un amo para poder comer: en tanto amó su propia voluntad antes que la sujeción religiosa.
- 240 Como el demonio las veía tan inclinadas a todo regalo, les ponía muchas tentaciones de gula y hasta destemprarles los humores del cuerpo fingiendo enfermedades diabólicas para alterar el orden. Yo bien conocía el mal que adolecían, porque Dios Nuestro Señor me ha dado una gracia especial para conocer y distinguir los males reales de los aparentes. Pero el confesor poco experimentado en las mañas del enemigo, y por otra parte el demasiado cuidado que nos tenían, luego les parecía que nos íbamos a morir. Y como por nuestra desgracia hemos venido en unos

tiempos que más se ama al cuerpo que a la pobre alma, me sucedió un caso bien pesado en una de estas jóvenes. Y fue que empezó a entrarle tentación de que moriría de mal de pecho, sin tener otro fundamento que habersele muerto dos hermanas de calentura ética. Su confesor tomó tanto empeño por la curación de esta joven (sin tener ningún mal real) que atropellando todas las leyes de una discreta prudencia se valió del Señor Provisor (porque Su Excelencia Ilustrísima no estaba) para hacerla curar por un médico extraño a la comunidad y muy amigo suyo, y se hacía dar cuenta del estado de la enferma, y con él quería arreglar los remedios y medicinas de la enferma. Oponiéndome yo a un tan gran desorden, y a un remedio muy costoso sin ser necesario, como me había dicho a mí el mismo médico, lo tomó tan a mal que se fue a decir al Provisor que yo me oponía a dar a las enfermas los remedios que el médico recetaba. Y el Provisor sin examinar las causas que a mí me movían, que eran de mucho peso, porque de ninguna manera nos convenía aquel médico; firmó la sentencia escribiéndome una carta, mandándome por Santa Obediencia que se curase la enferma por el orden y disposiciones en todo lo que dijere el confesor. En esta disposición del Provisor se disgustó mucho Nuestro Señor, y me dijo que lo hiciera, y que S.M. volvería por mí y ellos verían cómo la vida de las criaturas no está en manos de las criaturas sino en manos de su Criador; y cómo ella, en todo regalo moriría para que sirviera de escarmiento a los espíritus débiles y así sucedió que con los remedios, la vino el mal que no tenía y ellos querían evitar y en poco tiempo murió.

- 241 Preguntándome un día mi confesor (4) [Caixal] cómo podría arreglarse una hermandad de compañeros que todos fuesen una cosa para predicar la divina palabra (esto no me acuerdo bien), le dije como era Voluntad de Dios que Mosén Claret se reuniera con otros compañeros y viviesen en comunidad llana y simplemente, y así se hizo dentro de muy poco tiempo, porque se reunió en Vic con sus primeros compañeros y vivían en comunidad llana y sencillamente saliendo a misionar por y en varios puntos, haciendo mucho fruto en las almas.

Díjele a mi confesor cómo y por qué quería Dios que se fundase la librería religiosa en nombre de Mosén Claret y que mi confesor subiese todo el trabajo y por qué. Por lo ocurr...

### APÉNDICE TERCERO

- 242 Nuevo anuncio de la proximidad del juicio. En el año 1856 en uno de los días de septiembre, a lo más de octubre, una noche como en sueños vi el cielo en gran manera espantoso: oí un ruido en gran manera pavoroso!! Vi que se desprendía del cielo un Crucifijo, y la imagen de Cristo Crucificado tenía las manos desprendidas de la Cruz, y de las manos se le desprendían una linternita en cada mano que daban una luz muy oscura. ¡Qué espanto!!!!, símbolo de las tinieblas de la Santa Iglesia. El día siguiente después de haber comulgado estando en oración me dijo Nuestro Señor que si bien me había dado aquella visión en sueños, pero que realmente era aquella visión una señal cierta que quería mandar muy pronto al mundo una señal de la proximidad del Juicio final!!!!!!! Qué espanto!!!!!!!
- 243 26 de octubre de 1856. Ello es así, lo que Él dice: «Mas mi palabra debe cumplirse hasta la consumación de los siglos. Dile a éste mi siervo, que no tiene menos necesidad mi Iglesia, ahora que se acaban los tiempos que en el principio de su formación. Consuélate, pobrecita, que ningún mal has hecho en decir con sencillez lo que Yo revelo a los pobres de espíritu». Esto me dijo Nuestro Señor manifestando Su Divina Majestad mucha pena por el sentido que encierra en sí cada palabra, según me ha dado a entender Nuestro Señor- «Si hija mía, obedece siempre en todo. Esta lucha que sientes es el infierno que quiere impedir mi gloria. Dile a tu confesor, mi siervo, que te ayude ».
- 244 1857. Febrero 16-17-18-19 y aún días antes: tristeza profundísima por los grandes males de la Iglesia Santa. Jesucristo: «Llora hija mía, conmigo mi dolor por perder los miembros de mi Iglesia».

23 y 24 febrero del mismo año padezco tristezas de muerte. Creo que iremos a parar a los lugares santos de Jerusalén.

18 febrero de 1857 díjome Su Excelencia Ilustrísima cómo dentro de dos años habría en España gran persecución en la religión cristiana.

28 febrero de 1857 díjome Dios cómo quiere que su Obra se haga en secreto.

245 Marzo de 1857. Un día al salir del confesonario me dijo Nuestro Señor: ¿Cómo no has dado el recado con sencillez a tu confesor de lo que te ha preguntado? En sustancia has dicho lo que quiero, pero el modo de ejecutarlo ha nacido de tu repugnancia. Dile lo que Yo dije a San Pablo.

Era este recado por lo cual me reprendió Nuestro Señor que un sacerdote se valió de mi confesor para que yo le dijera qué había de hacer para poner su conciencia en tranquilidad. Y Nuestro Señor me había dicho que le escribiera diciéndole que Fulano (nombrándome el sujeto) le diría lo que había de hacer.

El día siguiente, después de haber comulgado me dio Nuestro Señor más quejas, porque todavía tenía repugnancia de hacer como me había mandado Su Majestad y me dijo cómo yo no le quería ayudar un poquito a levantar aquella alma siendo así que ya me había dado parte Su Divina Majestad de lo mucho que le costaría aquella misma alma.

Cuando Dios me da estas reprensiones me da mucha confusión y dolor.

246 30 abril de 1857. Me infundió María Santísima una esperanza cierta de que la Reina ha de ser nuestra mayor protectora en la fundación de nuestra casa de aprobación. Se complacerá la Reina si el Señor Arzobispo le consulta y dará mucha gloria a María Santísima.